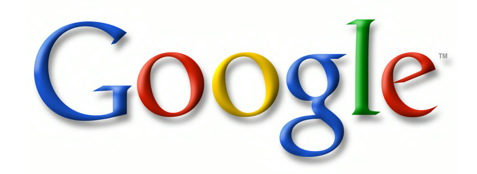
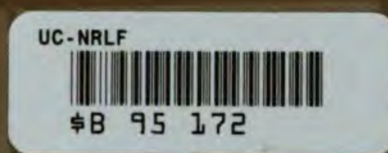

Google



DISCURSOS

LEIDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA PÚBLICA RECEPCION

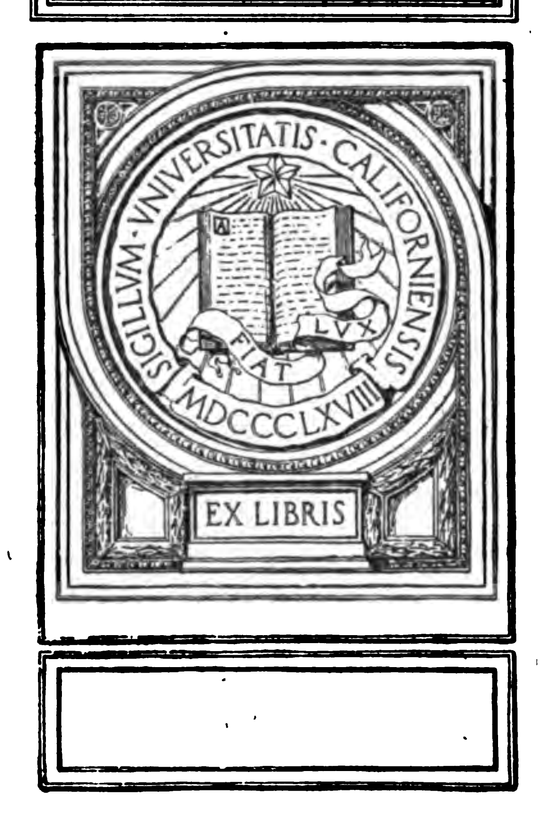
DEL EXCMO. SEÑOR

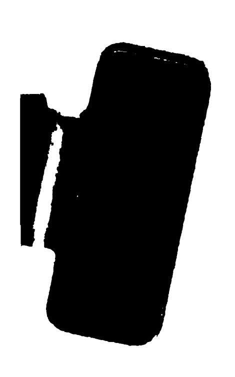
DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE

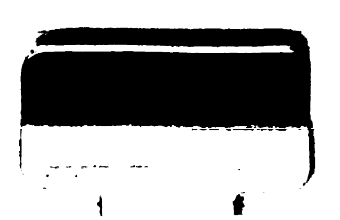
EL DIA 21 DE MAYO DE 1876

MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. [illegible]

1876


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS





DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

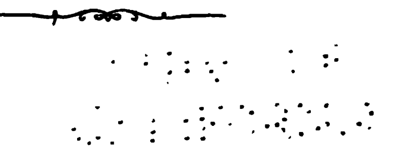
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA PÚBLICA RECEPCION

DEL EXCMO. SEÑOR

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE

EL DIA 21 DE MAYO DE 1876



MADRID
IMPRENTA DE T. FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29
—
1876

DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE

SEÑORES:

Tan grande y señalada es la merced que me habeis otorgado, abriendo á la oscuridad de mi nombre y á la pequeñez de mis méritos las puertas de esta docta corporacion, donde tantos varones egregios han hallado el premio debido á sus gloriosos afanes, que temo no poder expresaros en la medida y proporcion del honor recibido, mi sincero y respetuoso agradecimiento. Y este temor sube de punto al considerar la nobilísima figura del esclarecido patricio á quien sucedo, pero no reemplazo en esta Academia; porque forzosamente la memoria de sus relevantes cualidades pone de relieve la insuficiencia de las mias, haciéndoos sentir con mayor viveza lo mucho que con él habeis perdido y la pobre compensacion que os ofrezco.

Rios Rosas brilló entre nosotros como hombre de Estado distinguido y como orador insigne. No creo llegada la ocasion de juzgarle bajo el primer aspecto, porque no reconozco en nuestra generacion, ni en nin-

guna, imparcialidad bastante para apreciar con recto juicio á sus contemporáneos, ni emitir una opinion desapasionada sobre los acontecimientos en que han intervenido. Lastimadas á menudo en sus intereses y afecciones por la violencia misma de los sucesos, miran todas con ojos de aumento, y calculan con ciego egoismo el daño que reciben; pero casi nunca se forman idea aproximada del bien que depositan en el acerbo comun de la humanidad, siempre progresiva y constantemente gananciosa.

La historia es, en este sentido, una inmensa perspectiva. Semejante á las altas montañas, cuyos abruptos contornos y ásperas sinuosidades borra la distancia, y sólo presentan á los ojos del viajero que desde léjos las contempla, el conjunto majestuoso de sus cumbres inmutables, solitarias y mudas, los hechos y los hombres que influyen en la marcha de los pueblos, suelen tomar con el trascurso de los siglos, y ante la posteridad que los estudia, proporciones gigantescas, enormes, verdaderamente desmesuradas. La crítica entónces, desdeñando pormenores baldíos, debilidades personales, y causas ocultas, es cuando puede recoger en una síntesis general los resultados obtenidos, y repartir equitativamente el premio ó el castigo, la alabanza ó el vituperio entre los pocos escogidos que, como encarnacion de la época en que vivieron, imponen su recuerdo á la flaca y abrumada memoria del mundo. Todo, cuando este momento llega, se reduce á su valor intrínseco y justa medida; la falsa fama se oscurece, y se acrecienta la legítima; húndese en el olvido, muerte ver-

dadera y definitiva, todo lo que no es más que ruido, vanidad, apariencia y favor inmerecido del vulgo, y sólo queda lo que debe quedar; es á saber, lo extraordinario, lo trascendental, lo eminente.

Las dificultades con que tropieza á cada paso la crítica contemporánea y que ligeramente apunto, me impedirian formular juicio alguno acerca de la vida política del Sr. Rios Rosas, si no me lo vedaran además imperiosamente los respetos de la Academia y la índole especialísima de su instituto. Mas si no me es lícito entrar en terreno tan escabroso, tampoco puedo prescindir sin negligencia notoria, de encomiar y enaltecer como se merecen, las claras dotes de entendimiento de aquel celebrado repúblico, y el poder y la magia de su elocuencia, que le granjearon honroso lugar entre vosotros, y no puedo prescindir con tanta más razon, cuanto que si el hombre de Estado pertenece íntegramente á la posteridad, el orador, por el contrario, sólo alcanza á ser juzgado con reconocida competencia por los que le oyeron y admiraron. Permitidme, pues, que rinda este tributo de consideracion y cariño á mi predecesor ilustre, ántes de que el estrepitoso oleaje de la vida apague para siempre los postreros ecos de aquella voz vigorosa, entregada ya al descanso y silencio de la muerte.

Aunque nuestra sociedad, ocupada en la resolucion de los más árduos problemas políticos, sociales y religiosos, apenas tiene tiempo de acordarse de sus difuntos, y harto hace, acompañándolos á su última morada, para seguir despues el áspero y desigual camino por

donde la empuja su actividad devoradora, no es posible que haya olvidado tan pronto, á pesar de la incesante agitacion y febril incertidumbre en que vive, á aquel orador impetuoso, en cuyo acento diríase que Dios habia puesto la robusta energía del habla castellana. Todo en él respondia y se acomodaba á la vehemencia de su inspiracion, que gustaba, como el águila, de remontar el vuelo á través de las tempestades; su apostura severa y grave, su mirada penetrante y reconcentrada, su continente impávido y sereno, contribuian á dar mayor realce y fuerza más irresistible á la palabra, que salia de sus labios inflamada y rugiente, como sale del horno el hierro fundido. Cuando en medio de las borrascas de la tribuna, alzábase en el lugar más prominente del Congreso de los Diputados aquella figura austera y fascinadora, mirando lenta y reposadamente al rededor suyo, todos los rumores callaban, enmudecian todas las pasiones, y reinaba en el augusto recinto de las leyes momentánea calma, parecida á la que interrumpe con acompasadas intermitencias los hondos sacudimientos del mar alborotado. Por fin, Rios Rosas hablaba. Como si las ideas se amontonaran atropelladamente en su cerebro sin encontrar salida, reflejábase en la fisonomía del orador una á manera de lucha interna entre la voluntad y la inteligencia; veíanse los esfuerzos que hacía para domar la rebelde expresion de su pensamiento, y hasta que lo lograba, su frase era incorrecta, tarda y premiosa. Pero á medida que su fantasía iba caldeándose, su estilo, armado de epítetos acerados, se deslizaba más fácil, abundante y rotundo; llenábase de

animadas imágenes, enérgicos apóstrofes y pintorescas locuciones, enroscándose á la argumentacion del adversario como una serpiente de fuego, para recorrer con celeridad pasmosa, á veces en un mismo período, todos los tonos de la elocuencia, desde la imprecacion á la ironía, desde la indignacion al sarcasmo. Muchas veces, encendidos en ira por aquella pasion provocadora, sus opositores se revolvian en son de ruidosa protesta, y entónces el orador tribunicio erguía desdeñosamente la cabeza, cruzaba los brazos sobre el pecho, y en esta actitud esperaba imperturbable el término del tumulto, parapetado tras de su silencio, tan abrumador en ocasiones como su palabra misma.

Diré para terminar este bosquejo, que Rios Rosas, como todas las naturalezas taciturnas y retraidas, era de humor vidrioso, susceptible, propenso al enojo y constante en sus resoluciones. Las vicisitudes y desasosiegos de nuestra edad turbulenta, arrastráronle alguna vez, como á la mayoría de nuestros hombres políticos, por sendas extraviadas; pero en todas las circunstancias difíciles de su vida manifestó ardiente amor á las instituciones representativas, entereza para rechazar las imposiciones de la fuerza y gran valor cívico. ¡Lástima que los asíduos cuidados de la tribuna parlamentaria le apartáran del campo de la literatura, donde á juzgar por las felices muestras que de su ingenio nos ha dejado, hubiera podido lucir entre nuestros más castizos y elegantes escritores! Deplorémoslo de todas veras, por nosotros principalmente, y no por él, que en último resultado ha sabido alcanzar con sus discursos el fin de

toda noble ambicion: gloriosa vida y honrada muerte.

Cumplida ya la obligacion que me imponia el grato recuerdo del que fué vuestro compañero y mi antecesor en este sitio, paso á exponeros algunas ligeras consideraciones acerca de las causas á que atribuyo la precipitada decadencia y total ruina de la literatura nacional, bajo los últimos reinados de la Casa de Austria. Pero ántes de entrar en materia, juzgo indispensable hacer una declaracion prévia para evitar juicios temerarios y erróneas suposiciones. La índole de mi trabajo, me llevará naturalmente á tocar algunos puntos, que se rozan más ó ménos con la cuestion religiosa; y como la inadvertencia propia ó la malignidad ajena podrian dar márgen á la torcida interpretacion de mis opiniones, me conviene manifestar que doblo mi cabeza respetuoso y sumiso ante la inviolable santidad del dogma; pues no cabe el propósito de herirle en quien, como yo, además de creerle raudal de vida, abriga el convencimiento de que la religion, no es sólo esencia purísima de las almas, sino imperiosa necesidad social, y no comprende la impía negacion de Dios, más que como enfermedad mortal, afortunadamente no contagiosa, de algunos entendimientos. Pero hay principios y sistemas que prevalecen ó han prevalecido en la gobernacion de los Estados, y caen, por tanto, bajo la jurisdiccion de la crítica y la historia: sobre ellos expondré mis ideas sin rebozo, y en la confianza de quien está de antemano seguro de vuestra tolerante benevolencia, examinaré de paso los resultados que, segun mi leal saber y entender, han producido con relacion á España, las exageraciones

del sentimiento religioso, el cual, cuando no está moderado por la razon, suele precipitar, así á los individuos como á las sociedades, en los mayores y más abominables excesos.

Hecha esta declaracion, que me importa dejar consignada, empiezo recordándoos un fenómeno singularísimo que presentan los anales de nuestra literatura patria, y no aparece ni se observa con tan señalados caractéres en los de ningun otro pueblo de Europa. La literatura, monumento majestuoso del progreso humano, donde cada raza esculpe y fija, por decirlo así, los rasgos esenciales de su genio, no se exime de la ley comun, que somete todas las cosas de la tierra á las varias mutaciones de la fortuna, y tiene sus períodos alternados de grandeza ó decaimiento, á medida que aumenta ó disminuye el influjo moral ó político del país que la ha producido. Obedeciendo á las fluctuaciones del gusto ó á circunstancias excepcionales, no es igual ni uniforme en época alguna el desarrollo de todos los géneros literarios; unos descienden, otros se elevan, y otros se trasforman; pero como todo movimiento intelectual es alma y verbo de la sociedad en que se desenvuelve, nunca se paraliza por completo en sus múltiples manifestaciones, sino cuando el pueblo, que le alimenta con sus sentimientos, creencias y costumbres, pierde su vida nacional, y áun entónces, como sucede con Polonia, la melancólica poesía, sentada en el sepulcro de la patria muerta, ó errante á orillas de extranjeros rios, deja oir por algun tiempo sus cantos de desesperacion y de guerra. Sólo España quebranta y contradice

esta regla general, y ofrece el espectáculo tristísimo, á fines del siglo XVII, de una suspension absoluta y simultánea de todos sus elementos de cultura. En el espacio de poco más de doscientos años asciende su rica y original literatura al apogeo de su grandeza, asombrando al mundo con sus magníficas creaciones; cae despues en los delirios de la fiebre, y se extingue al cabo estenuada y caduca en medio del mismo pueblo que le dió el sér y le infundió su sávia generosa. Aquella divina lengua castellana, hecha, segun la expresion de Cárlos V, para conversar con Dios, no llega á ser, en sus producciones literarias, más que un ruido confuso de vocablos revesados, de frases enmarañadas como espeso bosque, de soeces chocarrerías y rebuscados retruécanos. Nuestra armoniosa poesía lírica, tan tierna en Garcilaso, tan robusta en Herrera, tan candorosa en Fray Luis de Leon, tan flexible en los Argensolas y tan sentenciosa en las composiciones que llevan, con justicia ó sin ella, el nombre de Rioja, acaba retorciéndose de dolor y angustia, en brazos de los locos imitadores de Góngora, que extreman la oscuridad impenetrable de su modelo, y de los discípulos ignorantes y presuntuosos de Baltasar Gracian. La elocuencia sagrada, que habian depurado y engrandecido Fray Luis de Granada, Sigüenza, Malon de Chaide y tantos admirables escritores místicos como han honrado las letras españolas, se pervierte y degrada bajo el peso de bárbaros silogismos, absurdas hipérboles, hojarascosos conceptos y grotescas, cuando no impías comparaciones. La historia, invadida de la incurable dolencia que, iniciándose en el reinado de

Felipe III, se propagó á manera de gangrena por todo el cuerpo de la literatura patria, condenándole á prematuro fin, despide sus postreros resplandores en la *Historia de la Conquista de Méjico*, ya tocada de viciosa afectacion, y calla acometida de mortal marasmo. Ni Hurtado de Mendoza, ni Mariana, ni Moncada, ni Melo, encuentran sucesores, y sólo de vez en cuando estalla alguna chispa del genio que les inspiró (chispa cuya claridad efímera sirve únicamente para hacer más pavorosa la intensidad de las tinieblas), en los escritores políticos que lamentan y lloran recelosos y amedrentados los desastres de nuestra irremediable decadencia. La prosa narrativa, elevada por Cervantes á la perfeccion más alta, suelta, graciosa y aguda en nuestras novelas picarescas, grave y sonora en las relaciones de sucesos y viajes, intencionada en la pintura de las costumbres, siempre abundante y flúida, pasa aceleradamente desde su nativa pompa á la más alambicada hinchazon, intenta disimular en vano su progresivo empobrecimiento con falsos atavíos y abigarrados colores, y no pudiendo ser profunda, se hace ininteligible. ¿Qué más? El teatro, nuestro incomparable y prodigioso teatro, tesoro inagotable donde no hay sentimiento, ni pasion, ni lucha de afectos, ni contraste dramático, ni símbolo político y religioso, que no tenga su representacion y su tipo, tambien se apaga y desvanece: Calderon asiste á su agonía, iluminándole con las postreras llamaradas de su genio, como el sol en su ocaso, ya rodeado de sombras, dora todavía con moribundo rayo los enhiestos picos de las montañas. Al finalizar el siglo XVII la fuente

de nuestra inspiracion nacional está del todo cegada; la ruina es completa y la lobreguez absoluta; no hay ramo alguno del humano saber que se salve del general naufragio; todo perece en él, ciencia y arte, fondo y forma, pensamiento y expresion. Nuestra inteligencia, y acaso nuestra conciencia, parece como que quedan atrofiadas.

Cierto que aquella enorme monarquía de Cárlos V, se desplomaba al mismo tiempo como edificio envejecido y agrietado; que ya no infundian terror ni imponian la ley á Europa sus hasta poco ántes invencibles tercios y formidables escuadras; que por los girones de su régio manto destrozado se descubrian sus miembros descoyuntados y enflaquecidos, y que acorralada á su vez por los mismos á quienes habia humillado y escarnecido en los dias de prosperidad, falta de recursos, de soldados, de heróicos capitanes y de hombres de Estado, porque no era posible que los tuviese en medio de tan fundamental trastorno, apuraba en todas partes, en la tierra y en el mar, la copa de la amargura y la desesperacion de su impotencia. Pero tambien es verdad, que á pesar de las calamidades sin cuento con que Dios la afligia y probaba, todavía España era España. Todavía poseia dilatados y fértiles dominios en el antiguo y nuevo continente; contaba con el esfuerzo y la lealtad de sus magnánimos hijos para defender su integridad y su derecho contra Europa coligada, en la sangrienta guerra de sucesion; tenía bastantes elementos para intentar algunos años más tarde la recuperacion de las provincias italianas, que habia perdido en la catástrofe de principios del siglo XVIII; pudo en aquel mismo siglo

reconquistar coronas para regalárselas á los hijos de sus reyes, y finalmente, debia ofrecer al mundo acobardado y atónito en los primeros años de esta centuria, el alto ejemplo de su épica resistencia contra las huestes de Napoleon I. España, pues, aunque quebrantada, maltrecha y exánime, alentaba aún; y sin embargo, su literatura habia caido en vergonzoso anonadamiento, presentando á la consideracion de la crítica el fenómeno pocas veces visto, como ántes he tenido ocasion de manifestaros, de un pueblo que sobrevive á su propia y característica cultura.

Digno de meditacion y estudio es el contraste que resulta comparando este sombrío cuadro con el que ofrece otra nacion más afortunada, la cual, sola en medio de los mares, bajo un cielo nebuloso y destemplado, con una lengua desabrida, conquista preeminente lugar en la civilizacion europea, y le conserva á pesar de la incesante mudanza de los tiempos: me refiero á Inglaterra. Tardíos y lentos son sus primeros pasos en las vías del progreso; pero á medida que avanza, su marcha es más rápida y segura, y logra al fin ponerse al nivel; si no á la cabeza, de los pueblos más adelantados de Europa. Filosofía, ciencias, historia, poesía, oratoria sagrada y parlamentaria, crítica, todo lo abarca y nada se resiste á su potencia creadora, que resplandece sin interrupcion desde el siglo XIV á la edad presente, siendo tan inmensa la pléyade de sus hombres extraordinarios, que al querer enumerarlos, el ánimo vacila, temeroso de incurrir en injustificables omisiones é imperdonables olvidos. Shakespeare, como encarnacion de

esta espléndida literatura, muéstrase en la cúspide del Parnaso anglo-sajon, desde donde penetra con mirada escrutadora los ocultos repliegues del corazon humano para arrancar á las pasiones, esclavas de su genio, gritos verdaderos, desgarradores y sublimes. ¿A quién no asombra la larga estela, que traza la musa lírica inglesa desde Chaucer, el más antiguo de sus poetas, hasta Byron, el más celebrado de los modernos; estela en que resaltan, como astros en noche serena, los nombres inmortales de Spenser, Milton, Dryden, Pope, Burns, Southey, Shelly y otros muchos, quizás no inferiores aunque no tan conocidos? No es menor el catálogo de sus filósofos y sábios, entre los cuales descuellan como elevadas cimas, los dos Bacon, Hobbes, Locke y el incomparable Newton, á quien la naturaleza descubre como madre cariñosa el secreto de sus leyes. Ni tiene término el número de sus historiadores famosos, como Goldsmith, Hume, Gibbon, Robertson, Hallam y otros, no ménos apreciados, que en los tiempos antiguos y modernos han levantado imperecederos monumentos á la gloria de su patria, justamente orgullosa. Fatigaría vuestra memoria con la inacabable relacion de los novelistas, críticos, metafísicos, jurisconsultos, moralistas, filólogos y oradores eminentes, sagrados y profanos, que ha producido aquella tierra, siempre fértil y nunca cansada; pero ya que prescinda de esta enojosa tarea, porque vuestra erudicion vastísima no há menester de vanos recuerdos, permitidme al ménos que llame vuestra atencion sobre una de las instituciones más civilizadoras que han surgido del ingenio de los hombres, y que bas-

taria por sí sola para eternizar la fama de un pueblo: hablo de la imprenta periódica. No nace en Inglaterra; pero allí arraiga, crece, toma carta de ciudadanía, y manifiesta todo su poder ese maravilloso instrumento de la razon que con su trabajo oscuro, pero contínuo, como el de la gota de agua, mina el abuso, hace imposible la tiranía y trasforma las sociedades; allí es donde ese amparo de los débiles, azote de la injusticia, clamor que nunca cesa y espada que jamás se embota, adquiere por primera vez el convencimiento de su fuerza para lanzarse resueltamente, burlándose de sus opresores, porque sabe que ha de sobrevivirlos, á la pacífica conquista del mundo moral. Mas ¿á qué cansaros? ¿En qué órbita de los conocimientos humanos, en qué género literario, en qué manifestacion intelectual no ha dejado Inglaterra la radiante huella de su inspiracion y su constancia? Tal vez ha tenido en su ímprobo trabajo desmayos pasajeros ¿qué atleta no los tiene? pero nunca eclipses totales y definitivos; ni ha cesado un solo momento en su exuberante elaboracion de ideas, ni su literatura se ha estancado, corrompiéndose á modo de cuerpo muerto como la nuestra. Así ha podido atravesar incólume, con mayor ó menor brillo, si bien siempre robusta, el anchuroso espacio de cinco siglos, preñados de guerras desoladoras y alteraciones profundas, para llegar hasta nuestros dias con poetas como Tennison y Swinburne; con filósofos y sábios como Herbert-Spencer y Darwin; con historiadores y críticos como Macaulay y Carlylle; con novelistas y escritores de costumbres como Lyton Bulwer y Dickens; con econo-

mistas, hombres de Estado y oradores como Stuart-Mill, Gladstone y Disreaeli.

Pero su desarrollo nacional no se encierra en estos límites; paralelamente y con igual pujanza se desenvuelven todos sus gérmenes de grandeza; la industria, el comercio, la navegacion y las artes liberales toman raudo incremento; la aristocracia, desdeñando los oficios palatinos, busca en el Parlamento, en la defensa de los intereses públicos y en empresas heróicas la conservacion de su influencia y la justificacion de sus privilegios; la vida, en fin, desborda por donde quiera, y dilata el dominio de Inglaterra más allá de los mares, en América, Asia, África y Occeanía, en cuyas regiones se enriquece á menudo á expensas de nuestro carcomido imperio, con los miembros que se disgregan de él ó con el botin de guerra que el poderío del pueblo britano le arranca. Su vigorosa organizacion resiste sin conmoverse, así las injurias del tiempo, como el fuerte embate de las revoluciones modernas; y mientras otros pueblos miran con espanto todos sus elementos constitutivos podridos y disueltos, Inglaterra prosigue su marcha regular y ordenada á la sombra tutelar de sus instituciones tradicionales.

¿No os sorprende, señores, este estado de perpétua renovacion y florecimiento al compararle con la estéril flaqueza á que llegamos en el siglo XVII, y de la cual áun no hemos convalecido? Pues no busqueis su explicacion en recónditas diferencias de raza, ni en desigualdades intelectuales que la sana crítica no admite y la experiencia desmiente; buscadla sólo, y la encontra-

reis de fijo, en un hecho asaz significativo que no se ha escapado á la penetracion de la historia. Mientras España rodaba con los estremecimientos de la agonía hasta el fondo del abismo, y aferrada á sistemas opresores sentia helársele por grados la sangre en sus venas, Inglaterra conservaba, y conserva todavía, la portentosa actividad de su espíritu, á pesar de las recias conmociones políticas y religiosas que en épocas anteriores la trabajaron, ó merced acaso á estas mismas conmociones, porque supo á costa de inauditos esfuerzos, tenaces luchas é incalculables sacrificios, recuperar, mantener y asegurar por último el derecho de los ciudadanos cuando otros pueblos le abandonaban ó perdian; siendo por esta causa quizás la primera nacion de Europa que se ha valido, para avanzar en la senda de su cultura, de las dos irresistibles palancas con que puede removerlo todo el entendimiento humano: la libertad política y el libre exámen.

¡Ah! ¡Tambien nosotros, que consentimos á mudejares y judíos el ejercicio de sus respectivos cultos, aunque con las restricciones que á la sazon imponia en todas partes la rudeza de los tiempos, habríamos asegurado para siempre la integridad de la conciencia humana si despues de la toma de Granada no se hubiera inaugurado en nuestra tierra la más siniestra y prolongada persecucion religiosa que registran los anales de la humanidad desde la caida del paganismo! ¡Tambien gozamos de la libertad política en la forma incompleta con que entónces se conocia, pero más regularizada, sin embargo, que en ninguna otra nacion del continente europeo; tambien

tuvimos nuestros fueros y nuestras Córtes, defensoras de las franquicias populares, hasta que en los áridos campos de Villalar cayó rota y deshecha la antigua y veneranda Constitucion de Castilla! Quiso nuestra mala estrella, y ya el mal no tiene remedio, que á fines del siglo XV y comienzos del XVI se torciese y extraviase el curso de la civilizacion española para abrir camino expedito y llano á la fugaz grandeza de la dinastía austriaca, que tan aciaga nos ha sido, y cuyas consecuencias desastrosas sufriremos hasta que Dios se apiade de nuestra heredada, mas no merecida desventura.

Bajo el régimen relativamente libre de nuestras instituciones seculares, el ingenio español dió sus primeros pasos con tál valentía de juicio, que indicaba lo que habria llegado á ser si no hubiesen cortado su vuelo el trastorno de nuestras leyes fundamentales y la recrudescencia del fanatismo. Indeciso y rudo en sus formas de expresion, é influido sucesivamente por literaturas más adelantadas, dominóle á veces el mal gusto, pero nunca careció de viril energía ni de osada independencia. Sin menoscabo de la fé religiosa, que fortalecia á nuestros antepasados en su lucha contra los musulmanes, ni relajacion del principio monárquico á que rendian caballeroso culto, obsérvanse en las obras de nuestros primitivos poetas, novelistas é historiadores, en los *cancioneros* y *crónicas*, tanta rectitud de juicio y tan ingénuo atrevimiento, que al hojear sus páginas el ánimo se suspende y embelesa. Pontífices, reyes, prelados y magnates sufren su censura, no siempre templada y contenida; persiguen con tosco é irritado lenguaje el abuso y la

corrupcion de las costumbres donde quiera que apuntan, en la plaza pública, en la córte, en los tribunales de justicia, hasta en el templo; el azote de su honrada indignacion alcanza á las cosas más altas, y ningun temor le refrena. Hoy mismo no podrian darse á la estampa, sin escándalo de las almas timoratas, las amargas diatribas con que el arcipreste de Hita y Pero Lopez de Ayala anatematizaron en su tiempo los vicios de Roma y el libertinaje del clero, entregado entónces á todos los desórdenes de la codicia y la concupiscencia; y el mismo aliento revelan, no obstante su orígen cortesano, las sencillas relaciones de algunas de nuestras *Crónicas*, donde con feos colores se pintan la ambicion de los grandes, las debilidades de los reyes y la desdicha mal remediada del pueblo, víctima siempre de las discordias de sus señores. El mismo varonil desenfado descúbrese en el *Romancero*, hasta en los *refranes* con que el vulgo muestra su desconfiada experiencia; pudiendo asegurarse que en los restos casi olvidados de la literatura patria, desde su orígen hasta el reinado de los Reyes Católicos, es donde más fielmente se retratan el carácter y las virtudes de nuestra raza, aventurera, libre, generosa y espansiva.

Tan irresistible era el empuje con que nuestra cultura intelectual caminaba, que á pesar de la violenta pérdida de nuestras libertades bajo el cetro de Cárlos V, y de la intolerancia feroz que empezó á desplegarse casi al mismo tiempo para atajar los progresos de la Reforma luterana, todavía el espíritu audaz y resuelto que animó á nuestros antiguos escrito-

res dilató su influjo, aunque ya más debilitado, hasta bien entrado el siglo XVII, como esos rios de curso caudaloso que al desembocar en los mares llevan largo trecho por encima de las olas su impetuosa corriente. Poco á poco nuestro espíritu innovador y atrevido se extingue y apaga; pero, ¡cuán hermoso es su crepúsculo! ¡Cuán vívida y refulgente la despedida de aquel sol que se esconde en las tinieblas de una noche profunda! Entónces la teología, que removiendo las entrañas de la sociedad hasta en sus más ocultas fibras, compendiaba todos los conocimientos y pasiones de aquella época, ya vacilante en su fé, encuentra en España sus intérpretes más aventajados, y nuestros doctores son, por la solidez de su doctrina y prodigiosa elocuencia, admiracion y pasmo del Concilio de Trento. Inquieren y ahondan nuestros místicos con sagaz penetracion todos los misterios de la lengua castellana, que adquiere bajo su pluma flexibilidad sorprendente, y consiguen expresar las abstracciones más metafísicas con claridad de concepto que haria bien en imitar la moderna filosofía. La poesía lírica se trasforma influida por el gusto italiano, y si bien por esta misma razon es la ménos original de nuestras manifestaciones literarias, contribuye, sin embargo, á la perfeccion y enriquecimiento del idioma, recogiendo sus armonías más íntimas, ennobleciendo sus palabras, dando novedad y soltura á sus giros, y añadiendo definitivamente á la lira española metros poco usados y cuerdas desconocidas. El estudio de la antigüedad clásica, que á la sazon despierta en Europa, presta á la Historia, sacándola de su humilde condicion de crónica,

formas majestuosas y sentencioso estilo. Desenvuélvese la novela, y el teatro, que debia reconcentrar andando los años toda la actividad de nuestro espíritu, cohibido en las demás esferas, anuncia ya el superior destino que le aguarda. El generoso deseo de propagar la fé de Cristo, no sólo en las desconocidas regiones descubiertas recientemente por Colon, sino en los más apartados imperios de Oriente, donde nuestros misioneros buscan y alcanzan á menudo la inmarcesible palma del martirio, abre anchos horizontes á la investigacion científica, y reciben extraordinario impulso entre nosotros los trabajos geográficos, náuticos, físicos y naturales. No le recibe menor la enseñanza de las lenguas, hasta de las más incultas de América y Asia; y España, con la publicacion de innumerables gramáticas y vocabularios, coordina y deja á la posteridad los elementos primitivos que más adelante debian dar orígen á una nueva ciencia. ¡Qué explosion tan grandiosa la de nuestro genio nacional! El mundo todo se somete sin oposicion á su influjo, y las prensas de París, Lyon, Bruselas, Amberes, Roma, Milán, Nápoles y Venecia multiplican y esparcen por todos los ámbitos de la tierra, en el nativo idioma ó en los extraños, las obras de nuestros teólogos, sábios, historiadores, místicos, novelistas y poetas.

Pero en medio de su fecundidad este movimiento intelectual mostraba los signos de próxima decadencia, y su exuberancia misma era quizás el síntoma más grave de la incurable enfermedad que debia poner breve término á su atormentada vida. Sujeto por innumerables trabas, nuestro pensamiento iba lentamente apocándose

bajo la sombría, suspicaz é implacable intolerancia religiosa, que se abalanzaba sobre aquella sociedad indefensa, envolviéndola en sus invisibles redes para poder á mansalva extinguir con el hierro y el fuego las opiniones calificadas de sospechosas, hasta en lo más recóndito del hogar y en lo más hondo de la conciencia.

En nombre de un Dios de paz, los tribunales de la fé sembraban por todas partes la desolacion y la muerte; atropellaban los afectos más caros; ponian la honra y la vida de los ciudadanos á merced de delaciones, muchas veces anónimas, inspiradas quizás por la ruin venganza, por la sórdida codicia ó por terrores ó escrúpulos supersticiosos; relajaban los vínculos sagrados de la familia, imponiendo, bajo pena de excomunion, á los padres el ingrato deber de acusar á sus hijos, á los hijos la terrible gloria de vender á sus padres, á las mujeres la vergonzosa obligacion de espiar á sus maridos, y una palabra indiscreta, pronunciada en el seno de la intimidad, hasta un movimiento natural é irreflexivo, eran causa bastante para sumir á un desgraciado en lóbrego calabozo, someterle á cruentas torturas, arrancarle la vida en medio de atroces suplicios, confiscar sus bienes y mancillar su memoria. El misterio más absoluto rodeaba estos bárbaros procedimientos; secretas eran las denuncias, secretas las declaraciones de cargo y descargo, secretas las pruebas, restringida y secreta la defensa, y sólo público el castigo. Ni el arrepentimiento de la culpa, ni la reconciliacion con la verdad, mejoraban la triste suerte del sentenciado; si habia incurrido en herejía y propagado el error; si el dolor del tormento habia

arrancado á su flaqueza la confesion de un delito, acaso imaginario, debia morir sin remedio, y penitente ó contumaz, vivo ó muerto, de todos modos pertenecia á la hoguera. La infamia de la pena alcanzaba á los hijos y no respetaba á los cadáveres; desapareció la piadosa inviolabilidad del sepulcro, y el fanatismo, feroz como la hiena, desenterraba al culpado para entregar su recuerdo al oprobio, su efigie á la vergüenza pública, y sus restos á las voraces llamas.

Ni la virtud más pura, ni la fé más acendrada, ni la santidad misma, estaban al abrigo de las pesquisas inquisitoriales, ni de sus fieras persecuciones: varones venerables, más tarde canonizados por la Iglesia; eminentes prelados, doctores y teólogos sapientísimos, que habian confundido con su palabra los sofismas luteranos en el Santo Concilio tridentino; preclaros próceres encanecidos en el servicio de la patria; jurisconsultos y escritores de justa reputacion, gemian bajo la pesadumbre de esta tiranía tenebrosa, que consideraba muchas veces como indicios vehementes de herejía la demasiada ciencia, la piedad sincera, el mérito superior reconocido; y á medida que la intolerancia religiosa iba estrechando su círculo odioso, apoderábase de las almas mejor templadas invencible desfallecimiento. «Vivimos en tiempos tan calamitosos, escribia aterrorizado á uno de sus amigos el ilustre filósofo Juan Luis Vives,—que no podemos proferir palabra, ni callar, sin riesgo;» y exhalaba esta desesperada queja, cuando la Inquisicion no habia exagerado aún su recelosa vigilancia ni sus horrendos castigos.

Léjos de mí la absurda idea de sostener que en aquellos tiempos España fuese la única nacion cristiana dominada por el fanatismo. La sobrexcitacion del sentimiento religioso era entónces vivísima, dando lugar en todos los Estados de Europa, católicos ó protestantes, á crueles suplicios y catástrofes espantosas. En Alemania, Inglaterra, Francia y Suiza suscitó prolongadas revueltas; pero esto mismo contribuyó á que la persecucion pasase en aquellos pueblos por las varias alternativas de la guerra civil, á veces inhumana, á veces transigente, y á que no presentara como en nuestra patria, donde en realidad jamás hubo lucha, el carácter de una compresion sistemática, contínua y normalizada. Si no registra nuestra historia escenas tan horribles como la trágica noche de San Bartolomé, que fué no sólo la brutal explosion de los ódios de secta, sino la ruidosa venganza de un partido, tampoco ofrece la menor interrupcion en los rigores inquisitoriales; porque la intolerancia española, más que impetuosa y turbulenta, pecó de reflexiva y regularizada, sin duda para asegurar de esta suerte la duracion y eficacia de sus dañosos efectos.

La tempestad fué arreciando con los años, y la severidad del Santo-Oficio extremándose hasta el punto de que con alguna frecuencia los Sumos Pontífices tuvieran que intervenir con su autoridad suprema para moderar el celo de aquel Tribunal sin misericordia. Pobláronse las cárceles de víctimas, que esperaban en estrecha incomunicacion el fin, casi siempre funesto, de sus sigilosos procesos; multiplicáronse los *Autos de Fé*, y para mayor escarnio de todo sentimiento generoso, in-

cluyéronse esas monstruosas ceremonias en el número de los festejos públicos con que se solemnizaban los prósperos sucesos de la monarquía; como si la agonía desgarradora de las infelices criaturas condenadas á morir en el fuego, fuera espectáculo regocijado y digno de una nacion cristiana.

Cuando con tan persistente saña acorralaba las ideas hasta en el fondo del cerebro humano, no era posible que el fanatismo dejase á salvo el pensamiento vivo reproducido por la Imprenta; y para evitar la propagacion de las doctrinas que el Santo-Oficio tildaba de erróneas ó pravas, erigió en sistema permanente el mal ejemplo dado por fray Lope de Barrientos en el siglo XV, quemando la biblioteca del Marqués de Villena, y seguido posteriormente por el Cardenal Ximenez de Cisneros con los manuscritos árabes del reino de Granada. No satisfecho con esto, usurpó á la potestad civil el derecho de censura sobre los libros, forzándola á expedir pragmáticas rigorosísimas, en algunas de las cuales se imponia pena capital y perdimiento de bienes á los que imprimieran, vendiesen, leyeran ó conservasen obras incluidas en los interminables y frecuentemente renovados *Índices expurgatorios*. Comprendíanse en estas listas de proscripcion del entendimiento humano, no sólo los libros conocidamente heréticos ó que contenian proposiciones de dudoso sentido, sino muchos más que, siendo ajenos á las cuestiones religiosas y tratando únicamente de materias científicás ó literarias, tenian el pecado original de haber sido escritos por autores sospechosos ó mal juzgados, sin que las exhortaciones repetidas de la

Santa Sede lograsen libertar á algunas de estas obras del injusto anatema. Las restricciones de la censura y el miedo á la pena iban disminuyendo de dia en dia las publicaciones científicas y filosóficas; pero en cambio aumentaban considerablemente las recreativas en que lo liviano del asunto y la licencia del lenguaje rayaban en cínica desvergüenza; y mientras se anotaban en los *Índices expurgatorios* libros tan llenos de uncion cristiana como el tratado de la *Oracion y meditacion* y la *Guía de Pecadores* del venerable Fray Luis de Granada, corrian sin obstáculo en manos del vulgo, con la aprobacion eclesiástica y laudatorias calificaciones, novelas obscenas y comedias de no muy edificante lectura.

La enseñanza pública, subordinada como todas las manifestaciones de la razon, á la rígida disciplina sacerdotal, sufria tambien las consecuencias de esta angustiosa servidumbre. Nuestras gloriosas universidades, focos de instruccion sana y robusta, que habian resplandecido en tiempos mejores con brillo envidiable, desfallecian y se amortiguaban tristemente como lámparas abandonadas. Una dialéctica sutil, artificiosa y vacía, más ocupada en aquilatar las formas retóricas de la argumentacion que el fondo de la argumentacion misma, erizada de silogismos oscuros ó pueriles, reinaba en las áulas como despótica señora de las inteligencias. El principio de autoridad dogmática, indiscutible, sagrado, alzábase escueto y solo sobre el silencio de la ciencia despavorida, que vivia, ó mejor dicho, agonizaba ahogada por la interpretacion más ó ménos favorable, pero siempre restringida de los textos

bíblicos. Los catedráticos y maestros que revelaban alguna independencia de juicio, eran calumniados, encarcelados, proscritos, sin consideracion alguna, ni miramiento á sus méritos, servicios y virtudes. Desterróse el espíritu de investigacion y de análisis, mutilando de esta suerte el pensamiento, y dejándole en mitad de su camino, ciego y sin guía. Las ciencias físicas y matemáticas enmudecieron, y la ignorancia más profunda ennegreció las almas; pero no esa ignorancia crédula y sencilla, propia de los pueblos primitivos, sino la ignorancia presuntuosa, obstinada, y para decirlo de una vez, incurable, que es el signo distintivo de todas las sociedades decrépitas y degradadas.

Porque la opresion envilece á las naciones tanto como la libertad las dignifica. España, al paso que decaía en todo, bajo el yugo de tan larga intolerancia, descendia tambien al más miserable estado de desmoralizacion, como si el Santo-Oficio y la tiranía, unidos en un mismo propósito, al comprimir violentamente el espíritu nacional, le hubiesen dejado abierto para que no estallara, el único respiradero de la corrupcion de las costumbres. No hay más que leer las obras de los escritores satíricos, y las *Relaciones* y *Avisos* particulares que se conservan del siglo XVII, para comprender de qué manera habia sabido amalgamar aquella sociedad el misticismo y el libertinage, compartiendo hipócritamente su tiempo entre la oracion y la crápula, las procesiones y los adulterios, las novenas y los homicidios. Una moral laxa y acomodaticia habia invadido todas las clases y condiciones, desde los favoritos y magnates de la córte, con-

cusionarios y escandalosos, que creian acallar el remordimiento de sus conciencias turbadas, empleando parte de sus rapiñas en fundaciones y mandas piadosas hasta los salteadores de caminos, que resguardaban supersticiosamente sus pechos, cerrados á la clemencia, con imágenes de santos y escapularios benditos. La perversion era general; y como cuando el cuerpo social se inficiona de malos humores llega á todos sus miembros el vírus deletéreo, ni siquiera el clero, encargado de la direccion de las almas, pudo preservarse del pestilente contagio.

Como no quiero lastimar los delicados y castos oidos del bello sexo, que honra este acto con su asistencia, prescindo de citar casos abominables, que suministra en abundancia la historia de aquel siglo, y tampoco evocaré el recuerdo de crímenes execrables é impíos, no siempre castigados como merecian, cuyos procesos duermen en los empolvados legajos de nuestros archivos; pero si no me detuviera la consideracion respetuosa que acabo de exponer, fácil me sería demostrar con numerosos ejemplos cuán hediondas y repugnantes eran las llagas de aquella sociedad en apariencia tan temerosa de Dios. Dijérase que la nacion entera habia concretado y reducido el cumplimiento de todos sus deberes morales y religiosos á la práctica del culto puramente externo y á la absoluta abdicacion de su pensamiento, al ver cómo la eran tolerados, si no legalmente permitidos, los mayores excesos y los vicios más reprensibles con tal de que supiese cubrirlos con el velo de su devocion rutinaria y de su automática obediencia.

¿Es por ventura extraño que en medio de esta atmósfera viciada, comprimido por el fanatismo cada vez más intransigente porque cada vez iba siendo ménos ilustrado, el genio español se postrára, falto de espontaneidad y de aliento? Apartado de toda comunicacion intelectual con Europa, donde empezaban á germinar nuevas y fecundas doctrinas, aislado en su aparente grandeza, cohibido por el terror, apretado en los moldes de métodos filosóficos y científicos que no bastaban á contenerle, sin luz, ni aire, ni espacio, era irremediable que pereciera, y se cumplió su fatal destino. Cuando hubo agotado su caudal de ideas propias, no pudiendo reponerle, buscó en la retórica combinacion de conceptos, en el juego de vocablos y en la inextricable agudeza de los equívocos, la novedad que de otro modo no le era lícito adquirir, y flaco y enfermizo intentó cubrir la vacuidad del fondo con la extravagancia de la forma. No habria llegado, ciertamente, nuestra literatura á tan deplorable estado, porque España no hubiese caido tan bajo como cayó entonces, si hubieran existido nuestras libertades públicas; pero por desgracia, habíalas destruido en su esencia el poder real, y el vano simulacro de nuestras Córtes carecia de fuerzas para reivindicar los menoscabados derechos populares. Sin embargo, el genio nacional hubiera podido acaso resistir á esta contrariedad y hasta vencerla, porque nunca la potestad civil, que no descansa en dogmas inmutables, sino que, por el contrario, está expuesta á la constante variacion de los tiempos, puede sofocar en absoluto la emision del pensamiento ni la voz de la conciencia pública, si las

vicisitudes del siglo, el peligro comun y la necesidad de la mútua defensa, no hubiesen confundido en un solo haz los intereses distintos, aunque no opuestos, de la religion y del Estado. Inicióse esta desastrosa amalgama, que tan fatales resultados produjo, en el reinado de Isabel y de Fernando, con la bárbara expulsion de los judíos, que privó á España de mas de ochocientos mil ciudadanos industriosos y activos, con los crueles atropellos cometidos contra los moriscos de Granada, faltando abiertamente al espíritu y letra de las capitulaciones que precedieron á la entrega de la ciudad, y en las cuales se obligaron nuestros reyes por sí y á nombre de sus sucesores á respetar el culto de los vencidos, y con el establecimiento definitivo de la Santa Inquisicion, que no se realizó sin árduas dificultades y sangrientos trastornos. Estas medidas en el fondo políticas, á pesar de su carácter aparentemente religioso, dieron orígen á un sistema que se exageró despues, cuando el César Cárlos V, habiendo procurado en vano llegar á términos de avenencia con la naciente herejía luterana, cuyo rápido incremento le impuso, receló que el libre exámen minaba con los mismos golpes la soberanía imperial y la supremacía pontificia. Considerando la debilidad constitutiva de la dilatadísima, pero inconsistente monarquía encomendada á su direccion y gobierno, compuesta de provincias heterogéneas, esparcidas por todos los puntos de la tierra, sin trabazon ni enlace entre sí, con diverso orígen, distinta lengua y contrapuestos usos, adquirió el íntimo convencimiento de que la unidad de fé era el único vínculo con que podia sos-

tener la desconcertada unidad de su imperio. Sintiéndose fuerte contra Roma calculó, sin duda, que le sería fácil resistir la tendencia absorbente, con la cual contraia tan estrecha alianza ofensiva y defensiva; pero se ocultó á su perspicacia que á la larga y en último término la inflexibilidad de la doctrina se sobrepondria á los intereses políticos, mudables de suyo, porque la fuerza de atraccion residia entónces, como residirá hasta el fin de los siglos, no en lo modificable y temporal, que es el Estado, sino en lo permanente y eterno, que es la religion. Con inútil empeño pretendieron el Emperador y su hijo contrarestar la influencia que habian solicitado y los avasallaba á la vez que los protegia, pues si bien en ocasiones lograron vencer al Soberano de Roma y hasta humillarle, constriñéndole al cumplimiento de sus compromisos, frecuentemente rotos, ú oponiéndose á sus exorbitantes pretensiones, el Pontífice, es decir, la cabeza visible de la Iglesia, acabó siempre por dominarlos y confundirlos, sobre todo á Felipe II y sus débiles sucesores. Lenta y sigilosamente el sacerdocio fué apoderándose del imperio, infundiéndole su espíritu, mermándole prerogativas y atribuciones esenciales, compenetrándole, en fin, y transformándole como la espesa y tenebrosa selva del *Infierno* del Dante transfiguraba en nudosas raíces y retorcidos troncos, las almas de los desgraciados, condenadas por sus culpas á morar perdurablemente en aquel recinto espantable. Grandeza, voluntad, energía, fuerza, industria, comercio, todo fué arrollado por las negras olas de la monarquía teocrática, defendida por casi todos nuestros teólogos, singular-

mente por Mariana en su libro *Del Rey y de la institucion real*, y por Rivadeneyra en su tratado *Del Príncipe Cristiano*. ¡Ah! si se levantaran de sus tumbas las desdichadas generaciones de nuestra España regida por los reyes de la casa de Austria; de aquella España que empieza en Cárlos I y concluye en Cárlos II, harapienta, podrida, estenuada, que pierde en el espacio de dos siglos sus libertades, su supremacía, parte de sus dominios, sus ciencias, sus artes, su literatura, su genio y su gloria; de aquella España despoblada, saqueada por el fisco y comida del diezmo, pero llena de conventos, hermandades, cofradías y congregaciones, poseedoras de cerca de la mitad de la propiedad territorial; de aquella España, en fin, alumbrada por las hogueras de la Santa Inquisicion, que persigue á los judíos, quema á los luteranos y expulsa á los moriscos con tan frio encono, que no ha podido aún borrar de la conciencia del mundo el recuerdo de estos trágicos horrores ni obtener su perdon; si se levantaran de sus tumbas, vuelvo á repetir, las desdichadas generaciones de aquellos siglos, engrandecidos quizás por la distancia y hermoseados por la poesía, podrian decir á las almas soñadoras que se entusiasman con la memoria de lo pasado lo que es la teocracia; lo que es esa enfermedad social, larga y penosa, que mata con lentitud y aniquila insensiblemente, como esos árboles de la India, bajo cuya sombra el viajero inadvertido busca descanso, se duerme y no despierta.

Cuando la Casa de Borbon recogió la vasta herencia de la dinastía austriaca, nuestra patria, sometida como

estaba en el órden político, científico y religioso, á un poder indiscutible é irresponsable, que habia imbuido en el ánimo de la multitud las más groseras supersticiones, debilitado su energía y modificado su carácter, era una masa humana atónita é inerte donde toda iniciativa individual se habia extinguido. En realidad de verdad, España se presentaba como un pueblo muerto para los trabajos del espíritu: todavía por la extension de sus ricas posesiones y el recuerdo de su anterior poderío, influia algo en la marcha política del mundo; pero en la esfera intelectual mirábasela con el mayor desprecio, y hasta tal punto se acostumbró Europa á prescindir de su compañía en la senda del progreso, que hoy mismo, á pesar del tiempo trascurrido y de los radicales cambios por que la nacion española ha pasado, le agovia y oprime con sus desdeñosas é inmerecidas prevenciones. Parece como que nuestra patria termina definitivamente su mision en el siglo XVII; estúdianse sus clásicos, como se estudian los restos de una civilizacion antigua; su literatura acaba generalmente para la crítica moderna en la época de Calderon, y desde entónces hasta nuestros dias puede decirse que, fuera de contadas y honrosísimas excepciones, el genio español se revuelve estérilmente en la sombra, olvidado y desconocido, cuando no calumniado. ¡Ay! Por más que nos duela y lastime nuestro orgullo, fuerza es confesar que esta injusticia tiene explicacion, si no disculpa. Nos quedamos tan rezagados, que al emprender de nuevo la interrumpida jornada, no nos ha sido posible, á pesar de haber violentado nuestra marcha, alcanzar á

naciones que nos llevan más de un siglo de delantera. Nuestro pasado nos abruma como maldicion del cielo.

Aquí deberia concluir, si me ciñese estrictamente al plan que me he propuesto; pero á riesgo de abusar más de lo justo de vuestra indulgencia, ya de fijo cansada, no puedo prescindir, obedeciendo á la ley de los contrastes, de consagrar un recuerdo, siquiera sea breve y compendioso, al período que abarca los reinados de Felipe V, Fernando VI, Cárlos III y principios del de Cárlos IV; período que considero, no como uno de los más brillantes, pero sí de los más fecundos de nuestra historia. Corresponde indudablemente á los cuatro reyes de la dinastía borbónica que he nombrado, principalmente á Fernando VI y Cárlos III, el honroso timbre de haber inaugurado ó favorecido la lenta regeneracion de España. No restituyeron al país sus perdidas y ya olvidadas libertades, ni restauraron las Córtes del reino, ni consintieron siquiera la más mínima desmembracion de su poder absoluto: no era esta la corriente de los tiempos. Pero celosos de la autoridad real, reivindicaron y recuperaron muchas de las prerogativas y derechos que la potestad eclesiástica habia usurpado; contuvieron las tendencias avasalladoras de la Iglesia; asestaron los primeros y más rudos golpes contra el odioso Tribunal de la Inquisicion; templaron los rigores de la censura, y si no rompieron los hierros con que el fanatismo nos esclavizaba, tal vez porque se lo impidieron añejas é invencibles preocupaciones, alargaron al ménos la cadena para que pudiera moverse con algun desembarazo nuestra conciencia entumecida. Bajo el patroci-

nio de estos monarcas bien intencionados, concordáronse con Roma reformas trascendentales, favorables á las regalías de la corona; se instituyeron nuestras doctas Academias; fundáronse las *Sociedades económicas del país*, cuyos servicios fueron entónces de notoria importancia; se abrieron escuelas especiales de ciencias físicas, naturales y matemáticas, en vista de las resistencias que á acoger en su seno estos utilísimos estudios opusieron nuestras atrasadas é incorregibles Universidades, dominadas por el clero y donde sólo podia campar á sus anchas el árido escolasticismo; publicaron el padre Feijóo su *Teatro Crítico*, que es la primera embestida dada á la grosera y supersticiosa ignorancia del vulgo, el Conde de Campomanes sus ilustrados *Informes* y luminosos *Discursos* acerca de las más árduas cuestiones políticas y sociales, Jovellanos sus inmortales obras, tan recomendables por el estilo como por la doctrina, y otros muchos escritores, todos insignes, meditados trabajos sobre ciencias morales y políticas, industria, comercio, náutica, artes y oficios, que contribuyeron á dar sana direccion y potentísimo impulso al renacimiento nacional, bajo tan buenos auspicios iniciado. Si la bella literatura, propiamente dicha, no fué tan deprisa ni tan léjos, tampoco permaneció estacionaria. Hay en la incertidumbre de sus primeros pasos algo que recuerda la flojedad del niño ó la postracion del convaleciente; imita, pero no crea; rinde á los preceptos clásicos más culto de lo que á su espontaneidad conviene, y temerosa de incurrir en las aberraciones del siglo anterior, desdeña en cierto modo como peligrosos todos los elementos in-

dígenas para entregarse, casi siempre falta de inventiva, á la ciega admiracion de modelos extraños. Pero á pesar de todo, presta con su sencillez calculada, y quizás demasiado rígida, como protesta contra el exuberante y pedantesco desórden que ántes la habia corrompido, indisputables servicios á la cultura nacional; depura el gusto estragado, encauza las ideas, y si no acierta á menudo con los tonos de la inspiracion verdadera, pocas veces se equivoca en apartar de sí lo que la estorba ó la daña. No habia pasado el tiempo suficiente para que volviese del sopor y aniquilamiento en que cayó bajo el cetro de los últimos reyes austriacos, y harto hacía, cuando las causas de su perdicion, aunque más debilitadas, no habian desaparecido del todo, con abrir el surco y arrojar en él la semilla que debia producir sus más sazonados frutos en nuestro siglo. Grande fué el esfuerzo, desapasionadamente considerado, y no hay derecho á exigir más de las pobres musas castellanas, que por primera vez despues de dos largas y mortales centurias, veian penetrar un rayo de luz y de esperanza en el fondo del calabozo, por no decir del sepulcro, en donde aherrojadas yacían.

Pero sobreviene la catástrofe de 1808, que reinstala de improviso á nuestro pueblo, huérfano de sus reyes, en el pleno goce de su soberanía, y entónces, ¡oh providencial coincidencia! con la libertad que despierta sale tambien el genio nacional de su prolongado y perezoso sueño; aquella literatura pueril, metódica, encogida, robustece sus músculos y eleva su espíritu con el duro ejercicio de la guerra; la poesía lanza á los ecos de las

montañas y de los valles, para sobrexcitar el sentimiento patrio, las estrofas más viriles, más líricas y conmovedoras que han resonado jamás en el Parnaso español; resucita la elocuencia, y desde la radiante tribuna de Cádiz, donde resiste intrépida y serena los estragos de la peste, las bombas de los enemigos y las conjuraciones de la teocracia, anuncia y prepara con su verbo vibrante y heróico la redencion de Europa. Una juventud inteligente, resuelta y generosa, á la cual pertenecian, por su entusiasmo ó por su edad, el gran Quintana, Gallego, Toreno, Argüelles, los duques de Frias y de Rivas, Martinez de la Rosa, Alcalá Galiano y otros muchos que alcanzaron más tarde merecida fama en las Asambleas ó en las Academias, se agitaba movida por nobles aspiraciones; peroraba, escribia, cantaba, luchaba, y si era menester moria bajo el irresistible imperio de las nuevas doctrinas que daban calor á su sangre, luz á su mente, energía á sus corazones para el combate y abnegacion á sus almas para el sacrificio. ¡Oh santa libertad, que no sólo rescataste á nuestro pueblo de la abyeccion moral en que se consumia, sino que unida en firmísimo lazo con el sentimiento religioso, defendiste y nos conservaste en aquellos aciagos y memorables dias el suelo sagrado de la patria; mil veces bendita seas!

Voy á terminar, temeroso de haberos molestado en demasía. Los ejemplos aducidos bastan, á mi juicio, para demostrar de un modo concluyente el pernicioso influjo que ha ejercido en nuestro desarrollo literario, conteniéndole ó viciándole, la falta de libertad política y de libertad religiosa, y no expongo en apoyo de mi

tésis más recientes pruebas, porque no quiero herir susceptibilidades dignas de respeto con recuerdos dolorosos ó inoportunos. Por esta misma razon nada digo acerca del gran sacudimiento de ideas científicas, religiosas y sociales que todo cambio fundamental en las instituciones de un pueblo produce siempre, de lo cual dan claro testimonio en España el movimiento romántico de 1834, que coincide con el político, y el movimiento filosófico que desde 1869 se observa entre nosotros como uno de los signos más característicos de la edad presente, tan insegura y agitada. Bien sé que al abrigo de la libertad política, y como inevitable resultado de la emancipacion de la conciencia humana, salen á la luz del dia y se manifiestan sin rebozo doctrinas absurdas, dudas impías, problemas espantosos é irresolubles y negaciones satánicas; pero por ventura, ¿el espíritu de rebeldía es ménos terrible porque nos acometa en las tinieblas? Tan llena está de asechanzas la noche del entendimiento como la noche natural, que en el mundo de las ideas y de los séres animados, el fraude, el engaño, la perfidia y la traicion se conciertan mejor y ofenden más á mansalva cuanto mayores son la oscuridad y el silencio. ¿A qué imitar al ave medrosa que juzga sustraerse del peligro cuando oculta, para no verlo, la cabeza debajo el ala? Conozcamos el mal—ya que es irremediable que el mal exista—para salirle al encuentro sin el temor de que nos venza, pues sería desconocer la justa Providencia de Aquel que ha entregado la tierra á las disputas, pero no á la locura de los hombres, y que con mano invisible guía y empuja á las sociedades hácia su perfeccion

por medio de innumerables obstáculos, escollos y precipicios. Combatamos el error cara á cara, partiendo el campo y el sol, con el raciocinio y no con la violencia, sin olvidar que la verdad misma, impuesta por la fuerza y no por el convencimiento, corre riesgo de hacerse insoportable y aborrecible. Ni la diversidad de opiniones, ni la contraposicion de juicios, ni la variedad de creencias deben romper la fraternal comunidad del género humano, y ojalá reine alguna vez sobre la superficie de la tierra la solemne y piadosa imparcialidad del cielo, que á todos, justos ó pecadores, creyentes ó excépticos, cristianos ó idólatras, por igual nos cobija y ampara. ¿Qué somos ni qué valemos para turbar con nuestro orgullo ó nuestra intransigencia la misteriosa armonía de las cosas creadas? Desde el majestuoso ritmo de los astros, que giran en los espacios infinitos, hasta el sordo rugido de la lava que fermenta en el centro de las montañas; desde la estridente cólera del mar hasta el manso murmullo de las hojas movidas por el viento; desde el trueno que sacude las nubes hasta el rumor imperceptible que produce el gusanillo al arrastrarse por entre el césped, todos los ruidos y acentos de la naturaleza, los más discordantes como los más unísonos, los más consoladores como los más terribles, se juntan y convergen hácia el Criador en himno inmortal de alabanza; y del mismo modo en el seno de la humanidad, devorada por vagos y místicos anhelos, la queja del desgraciado y el júbilo del venturoso, la oracion del creyente y la blasfemia del réprobo, la voz que niega y la voz que afirma, todo, en fin, lo que aparece

ante nuestra razon limitada como contradictorio, inconciliable é irreductible, se confunde concertadamente en una aspiracion suprema para llegar á tí, ¡oh Dios, en quien adoro y creo! y glorificar tu sabiduría, tu omnipotencia y tu misericordia.

HE DICHO.

CONTESTACION

DEL

EXCMO. SEÑOR DON JUAN VALERA

SEÑORES:

Tengo tal satisfaccion en contestar al Sr. Nuñez de Arce, que, poniendo á un lado todos mis otros quehaceres y venciendo mi natural desidia, me he apresurado á cumplir, en el término más breve, con el encargo que esta Real Academia me ha confiado.

Correligionario en política del Sr. Nuñez de Arce y unido á él desde hace años por lazos de particular amistad, con sus triunfos estoy de enhorabuena. No creo, con todo, que el afecto me ciegue al juzgar los merecimientos del nuevo Académico. Como autor dramático ha sabido conquistarse envidiable celebridad, y como prosista tiene prendas que todos encomian, resplandeciendo entre ellas la energía de su estilo y la claridad y tersura de diccion, con que dá mayor valer y realce á lo firme de sus convicciones y á la fijeza y serenidad de sus ideas y propósitos.

Por cima de estas cualidades, expresadas aquí harto á la ligera, sobresale una que por sí sola le hace digno

del puesto que viene á ocupar. El Sr. Nuñez de Arce brilla y descuella entre los más notables poetas líricos españoles del siglo presente, durante el cual, no sólo en España, sino en toda Europa, la poesía lírica ha florecido como nunca.

A más de la elevada inspiracion y del brío y nobleza de sentimientos que las poesías del Sr. Nuñez de Arce atesoran, la Academia no puede ménos de considerarlas y estimarlas cual precioso dechado de versificacion y de lenguaje.

Aunque no pudiera presentar el que va á sentarse entre vosotros títulos tan legítimos y valederos, me parece que bastaria el discurso que acabais de oir para hacerle merecedor de honra tan señalada.

Con abundancia de datos y razones, que en manera alguna destruyen la amenidad y agrado del escrito, el Sr. Nuñez de Arce ha tratado de demostrar, y, á mi ver, ha demostrado el influjo que la intolerancia religiosa y la constante y terrible comprension intelectual, de ella nacida, han ejercido en nuestra gran literatura.

No ya aquí, donde no estoy llamado á contradecirle, pero ni fuera de aquí, impugnaria yo, en lo sustancial, discurso tan bien meditado, y cuyos asertos me parecen evidentes.

Mi contestacion debiera, pues, limitarse á un elogio de lo dicho y á algunos comentarios, deducciones y notas, que bien se pueden añadir, porque siendo el asunto tan vasto, no hay pluma, por concisa que sea, que acierte á agotarle en una breve disertacion; pero, sin que yo contradiga á mi nuevo compañero, no he de

negar que su discurso suscita cuestiones y dudas difíciles de resolver, por lo cual, sin que aspire yo á resolverlas, nadie extrañará mi deseo de plantear y de exponer las más importantes.

Yo no trato de invalidar argumentos y deducciones. Yo creo tambien que el fanatismo ahogó y marchitó ántes de tiempo en España la lozanía y el florecimiento de una gran cultura propia y castiza. Tanto fué así que, en los últimos años del siglo XVII y primeros años del XVIII, dicha cultura pereció consunta, hechizada y casi sin dejar sucesion directa, á semejanza de la dinastía, bajo cuyo cetro habia florecido, á par de la grandeza y crédito de aquel imperio vastísimo, dentro de cuyos términos estaba siempre el sol vertiendo su lumbre.

Despues de la guerra de sucesion, con la nueva dinastía francesa, España se alivió, se restauró, despertó de su desmayo. Al restaurarse España, brotó en ella nueva cultura; pero, más bien que retoñar del antiguo tronco, arraigado en nuestro suelo, se diria que fué un injerto exótico lo que reverdeció con el jugo y la sávia de lo castizo.

Nuestra admiracion de lo extranjero nos hizo imitadores, harto serviles á veces, y llegamos por último, con humildad lastimosa, á menospreciar lo propio, exagerando nuestras faltas y olvidando ó no reconociendo nuestros aciertos.

Sin duda que el levantamiento nacional contra los franceses, durante las guerras napoleónicas, nos devolvió la conciencia de nuestro gran sér como entidad po-

lítica, y algo nos dejó columbrar de nuestro valer antiguo por el pensamiento y por la idea; pero este concepto de nuestra pasada civilizacion quedó confuso. Se fundaba más en la soberbia, en el sentimiento, en el amor propio patriótico que en razones claras. Todavía, áun despues de la guerra de la independencia, los que se jactaban de más ilustrados, seguian con poco disimulo desdeñando nuestra literatura y tildándola de bárbara, tasando nuestras artes en mucho ménos de su justo precio y negando toda importancia á nuestras ciencias y á nuestra filosofía.

La sumision, el vasallaje, la obediencia de los españoles á Francia, no tuvo, en lo intelectual, ni Bailen, ni Zaragoza, ni Gerona, ni Dos de Mayo, en aquella época. Seguimos tan pacatos y tan humildes, que era menester, para que celebrásemos algo nuestro, sin pasar por presuntuosos y ridículamente vanos, que los extranjeros nos diesen el ejemplo, la vénia y hasta la noticia.

Sin que decidamos aquí si es calidad buena ó mala, es innegable que el vulgo en España, como en todas las demás naciones, tiene un orgullo instintivo con que siempre se admira á sí propio y se sobrepone al vulgo de otras tierras; pero en las naciones que decaen, la gente ilustrada, los que no son vulgo ó procuran no confundirse con él, á fuerza de maravillarse de los adelantamientos extraños, y con el prurito de mostrarse á su altura y de aparecer como séres excepcionales entre la multitud ignorante que los rodea, acaban por no estudiar, ni saber, ni aplaudir cuanto en lo castizo hubo

de bueno y de glorioso. Hasta cuando, á fin de adular al vulgo, á quien desprecian, se ponen á ensalzar lo castizo, lo hacen por estilo ampuloso, donde se advierte la carencia de fé y la falta de crítica; y donde, más que la pasada gloria, suelen encomiarse los resabios de la perversion que dió al traste con ella.

Tal era nuestro estado hasta pocos años há. Algo nos vamos aliviando de la dolencia, pero no estamos sanos todavía. Y, fuerza es confesarlo, en gran parte somos deudores del alivio á los alemanes. Los alemanes, más que nadie, ensalzando nuestras cosas como merecen, se puede afirmar que han contribuido muchísimo á que volvamos con amor los ojos hácia ellas. Basta citar los nombres de Lessing, Jacobo Grimm, Böhl de Faber, Huber, Federico y Guillermo Schlegel, Rosenkranz, Schulze, Bouterwek, Clarus, Diez, Depping, Tieck, Schack, Fernando Wolf, Jorge Keil, Halm, Manuel Geibel, Pablo Heyse, Leopoldo Schmidt, Dohrn, Hain, Schlüter, Storck, Geiger, Herder, Goethe, Hoffmann, Regis, Fastenrath y el mismo Hegel, para traer á la memoria de los amantes de las letras cuán poderosamente han contribuido á sacarnos de nuestro abatimiento las alabanzas críticas, las traducciones, las bellas ediciones y hasta los comentarios de nuestros clásicos hechos por estos autores.

Nuestro descuido, nuestra postracion y nuestra falta de gusto habian sido tan grandes, que hasta el año de 1829 no tuvimos en castellano una mediana historia de nuestra literatura. Antes, salvo el ensayo de Velazquez, sólo hubo estudios parciales como los de Sar-

miento y Sanchez, la indigesta mole de los Padres Mohedanos, la apología algo pedantesca de Lampillas, las notas de Martinez de la Rosa al *Arte Poética*, y los juicios de Mendivil, Silvela y Quintana. La historia de nuestra literatura apareció al fin, pero fué traduccion de otra, escrita en aleman veinticinco años ántes. Bouterweck la habia publicado en su lengua y patria en 1804.

Cuando los Sres. D. José Gomez de la Cortina y D. Nicolás Hugalde y Mollinedo publicaron en 1829 dicha traduccion, declararon que lo hacian *deseosos de suplir con ella la obra original de que carecíamos*, por el descuido de tan útil estudio, debido á las guerras y trastornos y á *la falta general de buena educacion;* ruda franqueza que denota á las claras cuál sería el estado de un pueblo donde dos modestos traductores se atrevian á decir tal improperio como quien dice lo más natural, sabido y confesado.

Desde entónces hasta ahora no han sido menores los trastornos y guerras que hemos tenido, y sin embargo, ya no se notan ese desdén y ese abandono de nuestras glorias literarias, entre cuyos críticos ilustradores resplandecen Durán, el marqués de Pidal, Milá y otros varios que no nombro porque pueden hallarse presentes y no quiero ofender su modestia. Queda, no obstante, en pié todavía este aserto de Durán: *Alemanes son los que mejor han publicado la historia de nuestra literatura y teatro*. A lo cual bien puede añadirse que lo que es la historia de nuestro teatro escrita por un aleman, por Schack, si bien ha hallado hábil traductor, no ha

hallado público que la lea, y se ha quedado á medio traducir por desgracia.

A pesar de todo, aunque muchos de nuestros autores siguèn siendo más celebrados que leidos, en el dia se conocen ya mejor y se estiman con más recto criterio. Nada ha influido tanto en esto como la *Biblioteca de Autores españoles*, publicada por D. Manuel Rivadeneira, cuya gloria y merecimientos comparte uno de vuestros compañeros por haber logrado de las Córtes que el Gobierno le concediese su indispensable proteccion. Dicha *Biblioteca*, á más del texto bien enmendado y corregido de los autores, contiene un tesoro de noticias biográficas y bibliográficas y no pocos discursos preliminares y brillantes Introducciones, que bien pueden formar unidos la historia de nuestra literatura, ó al ménos una abundante y rica coleccion de materiales para escribirla. De esto se ha encargado un autor infatigable y diligente, lleno del espíritu crítico más sano y elevado; pero su trabajo no está terminado aún, faltando en él la época en que se presenta el fenómeno cuyas causas quisiéramos explicar aquí.

Lo que nadie niega, lo que no puede ser asunto de discusion, es que la edad más floreciente de nuestra vida nacional, así en preponderancia política y en poder militar como en ciencias, letras y artes, es la edad del mayor fervor católico, de la mayor intolerancia religiosa: los siglos XVI y XVII. Pero si queremos circunscribirnos más y señalar el siglo de mayor auge, fecundidad y excelencia de las letras y del idioma patrios, marcar su siglo de oro, me parece que sin que me tilden de arbi-

trario, por más que se me dispute sobre diez años ántes ó despues, bien puedo poner este siglo entre los años de 1580 y 1680.

¿Por qué causas se pervirtió, se marchitó y se hundió rápidamente aquel gran florecimiento? A nadie se le oculta que esta cuestion literaria está enlazada con otra cuestion política. ¿Por qué la grandeza, crédito y poder de la monarquía española cayeron tambien rápidamente, precediendo á su caida la de las letras?

No es fácil contestar á todo esto, y ménos aún en breves palabras. Para filosofar es menester tener un exacto y cumplido conocimiento de aquello sobré que se filosofa, y debemos declarar aquí que hasta la misma historia política de la época á que nos referimos dista mucho aún de estar satisfactoriamente escrita, á pesar de algunos ensayos, tentativas y compendios muy recomendables, entre los cuales se cuenta uno de un ilustre compañero nuestro que merece grande alabanza. Las cosas, sin embargo, de aquel período histórico se saben por lo general muy á bulto; y por otra parte, el espíritu de partido que ha tomado dicho período por campo de batalla para discutir sobre cuestiones que, valiéndonos de un término muy en moda en el dia, son las más *palpitantes*, nos puede cegar con su pasion y extraviarnos á todos, llevándonos por extremos opuestos á mucha distancia de la verdad.

Recientemente, por ejemplo, ha aparecido toda una escuela, que, en contraposicion de aquel abatimiento que nos hacía desdeñar nuestro pasado, le estima en lo que vale y áun quizás exagera algo su valor en lo lite-

rario y científico: pero, sobre esta afirmacion evidente ó al ménos plausible, levanta un cúmulo de aspiraciones y propósitos, á mi ver, poco razonables. Cree que para que renazca aquel florecimiento literario, aquel movimiento intelectual, aquella primacía de España, convendria que volviese la nacion al mismo estado político, social y religioso. Es como si los griegos, mirando su postracion y su relativa inferioridad en el dia presente con respecto á otras naciones de Europa, recordando que eran el primer pueblo del mundo en tiempo de Perícles, y subordinando los altos intereses trascendentales de la religion á consideraciones estrechas de interés nacional, volvieran á adorar á Júpiter y á Minerva y renovasen los misterios eleusinos.

No pocos sábios italianos de la época del renacimiento, resplandeciendo entre ellos el impío Machiavelli, incurrieron en tan extraña manía. Al ver humillada á Italia, hollada y ensangrentada por los extranjeros, y al presentarse vivas en la memoria de ellos las grandezas de Roma, llegaron á aborrecer el cristianismo y á soñar con la religion de Jano bifronte y con las instituciones litúrgicas de Numa y de Tarquino Prisco. Esto, por un lado, es infinitamente mayor disparate que el soñar, siendo español, en que volvamos á la edad de Felipe II, por ejemplo, porque al fin, de lo que somos ahora á lo que entónces éramos no hay tanta diferencia, ni ha habido cambio en el sér de la civilizacion general del mundo, ni ménos aún en el principio sublime y en la doctrina salvadora que la informan con su espíritu: pero, por otro lado, los españoles que piensan hoy co-

mo hemos dicho, tienen ménos disculpa que los italianos de entónces; porque entónces se concebia la historia como un eterno volver al mismo punto, y se creia que para restaurar los Estados y las civilizaciones convenia retroceder hácia su orígen, mientras que ahora apenas hay quien se atreva á negar y quien no sienta y vea la marcha indeclinable de las cosas humanas en su conjunto hácia un término de perfeccion, sin duda inasequible en esta vida terrena, pero que las atrae por ley providencial, y no limitando el libre albedrío en aquello de que debe responder cada individuo, las lleva por nuevas fases y evoluciones, sin dejarlas nunca volver al punto de que partieron. Así, pues, nos parece ménos razonable, bajo este concepto, el que un español de ahora sueñe en que se regeneraria su patria volviéndola á lo que fué en pensamientos y creencias en tiempo de los tres Felipes, que el que Machiavelli soñase en que renaceria la antigua preponderancia romana con volver al estado y manera de sér de la edad de Tito Livio.

Por otra parte, aunque diésemos por indiscutible la singular grandeza de nuestro país en los siglos XVI y XVII y la conveniencia de volver á las instituciones, ideas y costumbres de entónces, suponiendo que lo que entónces pudo producir aquella grandeza debe tambien producirla ahora, áun nos quedaria por demostrar si aquellas instituciones, aquellas ideas y aquellas costumbres fueron la causa de la grandeza, ó si, por el contrario, la grandeza nació de otras causas, y dichas instituciones, ideas y costumbres lo que trajeron consigo fué la corrupcion y la rápida decadencia. Este es verdaderamente

el punto controvertible. La distincion que hacemos es muy clara. Se comprende que álguien, enemigo en el dia de la intolerancia religiosa y del absolutismo monárquico, ó sostenga que entónces aquéllo fué bueno y útil en España, ó afirme que al ménos no puede ni debe presentarse como causa de nuestra caida política, social y literaria, ya que hubo intolerancia religiosa y absolutismo monárquico en otros países, durante el mismo período, y dichos países se levantaron; mientras que España cayó como en profunda sima.

Fijada así la cuestion, y limitándonos solamente á la literatura, vamos á hacer algunas ligeras observaciones, procurando mostrar la mayor imparcialidad en todo. Para ello conviene sin duda no dejarse arrastrar de la vanidad patriótica, pero conviene tambien no dejarse seducir por tantos y tantos autores extranjeros, protestantes ó racionalistas los más, que por ódio á la religion católica y hasta por envidia póstuma de nuestro poderío de entónces, procuran denigrarlo todo, ponderando nuestros yerros, imputándonos mil maldades y encubriendo no pocas excelencias y glorias. Larga es la lista de los autores que no hablan de España sino para decir injurias crueles. Limitémonos á citar como modelos en este género al americano Draper y al inglés Buckle.

Hasta en los benévolos y aficionados á nuestras cosas se descubre á veces el estrecho espíritu de protestantismo y el aborrecimiento á la civilizacion católica que perturban su juicio, y los llevan ora á no comprender bien mucho de lo que tuvimos de bueno ó de hermoso, ora á encarecer lo feo y lo horrible.

A pesar del respeto y gratitud que debemos al americano Jorge Ticknor, autor de la historia literaria de España más completa que se ha escrito hasta ahora, no se ha de negar que peca bastante en el mencionado sentido. Pongamos, como muestra de que no comprendió bien lo bueno y hermoso, el frio, pobre y somero juicio que forma y emite acerca de *Los nombres de Cristo* de Fray Luis de Leon. En una parte, no acierta á ver en este libro más que una série de *largos discursos declamatorios:* en otra parte, juzgándole algo más detenidamente, pone dicho libro como *singular testimonio de la devocion*, *elocuencia y ciencia teológica de los españoles de aquella época*, con lo cual no se compromete mucho ni en pró ni en contra: añade que hay en dicho libro un sermon (¿y por qué no muchos sermones?) que no cede en mérito á ningun otro en cualquiera lengua; y acaba por considerar el libro como una coleccion de declamaciones. Infiérese de todo ello que Jorge Ticknor no ha leido el libro, le ha ojeado sólo y no le ha entendido bien, concretándose á estimar, no el fondo, sino la forma, esto es, la prosa rica, castiza y pura, por la cual coloca á Fray Luis entre los grandes maestros de la elocuencia española.

Para nuestros dramas sagrados y autos, más son las censuras acerbas que las alabanzas de Ticknor. De Tirso ni mienta siquiera *El Condenado por desconfiado* (salvo en nota y al hablar de *La Devocion de la Cruz* de Calderon), concretándose á afirmar que sus dramas á lo divino *compiten en extravagancia con los de los demás autores*, *aunque no los aventajan*, *porque era difícil llegar á más.*

Con *El Burlador de Sevilla* no se muestra Ticknor más piadoso, por más que el genio de Mozart haya ido *familiarizando á la sociedad culta y elegante*, esto es, á la gente que no vive en España, *con sus sombríos y chocantes horrores*. En suma, Tirso, cuya *Venganza de Tamar*, cuya *Prudencia en la mujer*, así como otros dramas trágicos y heróicos, ó no conoce ó no recuerda Ticknor, no es más, para este crítico, harto desprovisto del sentido de la poesía, que un poeta cómico, fácil, chistoso, buen versificador y buen hablista, pero indecente, inmoral, chocarrero, deshonesto y extravagante.

Por los ejemplos citados se puede calcular lo poco que levanta el vuelo el entusiasmo de Ticknor para encomiar á nuestros autores. Traduzcamos y compendiemos, para que la frialdad ó el desden de Ticknor resalte más, algo de lo que dice Schack de Tirso, en las 57 páginas, casi todas de alabanzas, que le dedica: «Si bien tenemos que lamentar la pérdida de muchas obras del fecundo Maestro, áun nos quedan bastantes para que con ellas se conciba agotada la más débil fuerza productiva de muchos famosos poetas y para que nos llene de pasmo la inexhausta inventiva de quien las compuso. La abundancia y variedad de estas obras es tan grande, que es empresa dificilísima el caracterizarlas y clasificarlas. Tirso es un encantador que sabe tomar las más diversas figuras. Apenas creemos que nos apoderamos de su fisonomía, cuando toma otra. El brillo de su poesía forma mil íris y cambiantes, y burla nuestro empeño por reflejarle en el espejo de la crítica. Las mismas faltas del autor, que no pueden negarse, están

circundadas y como vestidas de tan deslumbradores destellos poéticos, que es fuerza apoyarse en toda circunspeccion para no entregarse á una admiracion sin límites por sus dramas. El teatro de Tirso se parece á aquel país de las hadas, que nos pintan los poetas románticos, donde cautivan los sentidos y el corazon del peregrino sones misteriosos y embriagadores perfumes; donde serpentean mil sendas que ya le llevan por lozanos verjeles, ya por amenos valles, desde abismos que causan vértigo hasta montañas que tocan el cielo, y donde se oye en las grutas la voz burlona de los gnomos y de los duendes, y los silfos se mecen en el aire, y el sol de la poesía, hasta sobre los caminos extraviados, hasta sobre los derrumbaderos y precipicios, vierte su lumbre encantadora. Por cierto que debe de ser muy frio el crítico que no sienta deseo de abandonarse sin reparo á poesía tan hermosa, y muy poco capaz de sentirla y comprenderla el que no conozca que hasta aquello que pasa por defecto, segun reglas rutinarias, es belleza relativa, considerado como parte necesaria de un grande organismo y como emanado de un alto espíritu poético, genial y espontáneo.»

Schack, como Ticknor, ve en Tirso un poeta cómico, pero no grosero, ni chavacano, sino todo lo contrario. «¡Cuán distinto, dice, es el chiste siempre poético de Tirso, de las secas frialdades que suelen llamarse chistes entre nosotros! Como abeja entre rosales vaga volando el genio del poeta en el jardin florido de la fértil poesía. Es verdad que como la abeja tiene aguijon, pero tambien tiene miel. Tirso no perdona á los poderes del

cielo ni á los de la tierra; pero con el dulce bálsamo de la poesía sana, al punto que hiere. El atrevimiento de sus arranques satíricos contra los grandes de la tierra, contra la corte y los cortesanos, contra los frailes y los clérigos, es singular en la literatura española, y causa maravilla la libertad de la escena, donde resonaban públicamente tales sátiras en un tiempo en que el poder de la Inquisicion habia llegado á su apogeo.»

Si no nos llevase esto muy léjos de nuestro propósito, áun traduciríamos ó extractaríamos más del encomio que Schack hace de Tirso.

No podemos resistir, con todo, á la tentacion de poner aquí otros tres ó cuatro párrafos aislados: «Tambien para el idilio puro, sin mezcla de sátira, posee Tirso un incomparable talento, y aprovecha con predileccion todas las ocasiones que se presentan para lucirle; pero sus creaciones de esta clase nò se parecen en nada á aquel linage afectado de poesía pastoral que gustó tanto en toda Europa, sino que son la existencia real y las pasiones mismas de los campesinos españoles realzadas y presentadas poéticamente con hechicera candidez y con frescura y vivacidad inimitables.» Como poeta trágico, dice Schack de Tirso al hacer el análisis de *La venganza de Tamar:* «Sólo pocos poetas españoles han levantado á tanta altura la poesía como Tirso en esta obra maestra.» Como poeta heróico-dramático, le ensalza aún más al hablar de *La prudencia en la mujer.* Como poeta psicológico que penetra con escrutadora mirada en lo más profundo del corazon, le encomia sobre todo en *Escarmientos para el culpado;* y por últi-

mo, como poeta dramático á lo divino, casi le pone Schack por cima de todos los demás poetas al examinar su *Condenado por desconfiado*, obra que «en rasgos de fuego lleva impresa la huella del espíritu religioso de entónces, extraño espíritu, ápenas comprensible para los hombres de ahora.» «Aunque Tirso, dice Schack al terminar el análisis, no hubiera escrito más que este drama maravilloso y hondamente conmovedor, nadie podria negarle el título de gran poeta.»

Con lo dicho se ve la contraposicion. Para Ticknor, Tirso no pasa de ser un fraile ingenioso, deslenguado y verde, sainetista chocarrero y satírico: para Schack, es un gran poeta por todos estilos. Dudamos de que en elogio de Shakspeare pudiera decir mucho más que lo que en elogio de Tirso dice. La divergencia que se advierte en este caso particular se pudiera advertir y señalar en otros muchos, por lo cual, si áun conocidos los hechos cada uno los juzga á su modo, ¿qué esperanza hay de que se convenga en las causas?

En algo, sin embargo, es menester convenir. Pongamos, pues, como fuera de duda que las dos más bellas manifestaciones del ingenio español en los siglos XVI y XVII son la poesía épico-popular y la poesía dramática: los romances y el teatro. Añadamos á esto la novela en prosa, pues aunque no tuviésemos más que el *Quijote*, eclipsaríamos aún todas las otras literaturas. No se puede negar además que en poesía épica artificial y erudita tenemos una copia asombrosa de obras estimables; en la lírica no somos inferiores á ninguna otra nacion durante el mismo período; nuestros historiadores de entónces

tal vez venzan á los de los demás pueblos en calidad y en número; y poseemos, por último, notables jurisconsultos y escritores políticos, y un rico tesoro de místicos y de ascéticos.

Importa declarar, no obstante, que de todo esto más se ha estudiado hasta ahora la forma que el fondo. Ya tenemos historia de la amena literatura, de las obras de entretenimiento; pero la sustancia de la cultura española y el desenvolvimiento intelectual de nuestro espíritu, están poco estudiados.

¿Por qué negarlo? Casi nadie lee en el dia nuestros libros de devocion. Si los hojea algun aficionado á las letras, suele prescindir de las ideas, y sólo se pára en lo sonoro de las frases, en lo castizo de los giros y en la riqueza y primor de la lengua. Y sin embargo, ¿qué análisis psicológico más sutíl y atinado, qué metafísica más profunda, qué admirables intuiciones de lo infinito en su relacion con lo finito no suele haber en ellos? El Sr. Rousselot, un francés, ha sido el primero que críticamente ha desentrañado y expuesto algo de aquellas doctrinas, y, aunque su obra deje mucho que desear, debemos inclinarnos agradecidos, pues nadie en España lo habia hecho mejor, ni acaso de ningun modo, ántes de que él lo hiciera.

Rousselot, como casi todos los franceses cuando tratan de nuestras cosas, no puede prescindir de hacernos un disfavor al lado de un favor. Es cierto que dá á conocer á nuestros místicos y expone su filosofía; pero afirma que jamás hemos tenido más filosofía que la de ellos. Sentencia es esta de la que podemos apelar, pero

de la que no podemos quejarnos, porque nuestros sábios modernos van más allá aún en el desdén. El importador de la filosofía krausista en España y uno de sus más aventajados discípulos, en artículos recientes, por otra parte merecedores de alabanza, afirman que la imaginacion estética ha sido bien cultivada en España y ha dado sazonado fruto, pero que la razon no; que hemos tenido buenas comedias, novelas y otras obras de pasatiempo; pero que en ciencias y en filosofía hemos valido poquísimo, sin duda porque la compresion intelectual y el fanatismo religioso han tenido como embotada y atrofiada, en nuestra alma, una de sus más nobles facultades.

Ya se entiende que tan cruel afirmacion se refiere á los últimos siglos, y nó á la edad media ni á las antiguas edades. En la edad media convienen todos en que hemos tenido notabilísimos sábios, filósofos y pensadores, aunque, más que ortodoxos, mahometanos y judíos. Eruditos y críticos extranjeros lo ponen fuera de duda (1): Renan estudiando á Averroes y su prodigiosa

---

(1) Menester es no olvidar aquí, como muy honrosa excepcion, los Estudios sobre el famoso Raimundo Lulio publicados, pocos años há, por nuestro compañero D. Francisco de Paula Canalejas. El filósofo mallorquin está, en dichos Estudios, juzgado con profundidad, si bien quizás más encomiado de lo justo: pero algo se ha de conceder á la reaccion, que no puede ménos de dejarse sentir en esto, como en todas las cosas.

Lulio habia sido harto maltratado por muchos autores, entre los cuales no pocos españoles. El Padre Feijóo le desprecia en sus

influencia en la filosofía escolástica y del Renacimiento; y Munck, Franck, Sachs, Geiger y David Cassel, traduciendo las obras ó encomiando y celebrando las doctrinas de Ibn Gebirol, de los Ben-Ezrá, de Maimónides, de Jehuda de Toledo y de otros, compatriotas nuestros y gloria de España, por más que no fuesen católicos.

Pero el amor patrio nos ha hecho clamar contra el desprecio por nuestra ciencia, y sobre todo por nuestra filosofía, desde el Renacimiento hasta ahora; y han surgido celosos defensores de que hubo filósofos en Es-

---

Cartas eruditas; y en aquella graciosísima sátira literaria de *El Café*, donde no sabe uno de qué admirarse más, si del ingenio, sal ática y rico tesoro de chistes del autor, ó de su mezquina crítica, y donde queda en duda si D. Pedro es más pedante y más insufrible que D. Hermógenes, Moratin se burla del pobre Raimundo Lulio con un epigrama indeleble.

Colocan muchos entre los lulianos á Raimundo Sabunde, filósofo del siglo XV, que tuvo gran celebridad tambien en tierras extrañas. Montaigne le tradujo al francés, pero yo entiendo que no porque Montaigne se entusiasmase con Sabunde, sino por cumplir un mandato de su padre. En la *Apología de Sabunde*, que es el más extenso de los *Ensayos*, le elogia mucho, no obstante; le llama *très suffisant homme et ayant plusieurs belles parties*; y asegura que «el propósito de Sabunde es atrevido y valeroso, ya que acomete la empresa de establecer y probar con razones humanas y naturales, contra los ateistas, todos los artículos de nuestra religion; en lo cual, á decir verdad, le hallo tan firme y dichoso, que no creo posible hacerlo mejor en este negocio, y me parece que nadie se le ha igualado.»

paña y hasta verdadera filosofía española, entre los cuales merecen citarse nuestros compañeros correspondientes D. Gumersindo Laverde y D. Adolfo de Castro, el jóven Sr. Menendez Pelayo, y los Sres. Rios Portilla y D. Luis Vidart, el cual hasta ha formado y publicado un tomo de apuntes para la historia de nuestra filosofía.

Fácil nos sería citar aquí multitud de nombres de peripatéticos, platónicos, estóicos y eclécticos, entre todos los cuales se levantan, á lo que parece, Vives y Foxo Morcillo. Pero francamente; se citan estos nombres, se supone que valieron mucho los sábios que los llevaron, y apenas sabemos lo que dicen, porque casi nadie los ha leido. Las pocas obras filosóficas, que, como tales, ha publicado la biblioteca de Rivadeneira, nos compungen y descorazonan. Quedan, pues, hasta el dia, como único tesoro filosófico español de los siglos XVI y XVII, algo conocido y explorado por la crítica moderna, los místicos y quizás un poco de los teólogos dogmáticos. Y debemos perdonar á los eruditos y aficionados del dia, porque es pedir heroicidades pedir que álguien se ponga con paciencia á estudiar y á extractar volúmenes en fólio, en latin casi todos, á fin de resumir, exponer en castellano y juzgar doctrinas, que á pocos españoles interesan, y que nadie se tomaria el trabajo de leer con atencion para entenderlas, achacando lo de que no las entendia á lo enmarañado del lenguaje.

Sea, pues, por lo que sea, no se puede negar que queda algo en duda si hemos tenido ó no, en la época

á que nos referimos, verdaderos y grandes filósofos. Pero demos por supuesto que los hubo, como presentimos y creemos y deseamos, aunque no lo sepamos de fijo. Demos tambien por supuesto que tuvimos entónces médicos, matemáticos, naturalistas y filólogos insignes. Afirmemos que no quedó ramo de actividad del espíritu en que no floreciésemos; que nuestros publicistas abrieron á Grocio el camino; que nuestros teólogos prevalecieron en Trento; que Melchor Cano inventó una ciencia nueva; que en las artes del dibujo vencimos á todos los pueblos menos á Italia; que tuvimos arquitectos gloriosos, hábiles escultores en piedra, bronce, madera y barro, plateros y joyeros rivales de Celini y hasta herreros admirablemente artísticos; y que nuestra música, que duerme olvidada entre el polvo de los archivos de las Catedrales, compite con la italiana y puede presentar nombres, que debieran ser ilustres, como los de Salinas, Monteverde, Perez y Gomez. Júntense á todo ello nuestras riquezas poéticas y literarias, ya que la amena literatura de entónces nos es bien conocida, y tendremos un florecimiento intelectual asombroso y adecuado á nuestra grandeza política como nacion.

Pero lo dicho, en vez de resolver la duda, la complica y la hace más difícil. ¿Qué causa hubo para que tanta fecundidad, tanta exuberancia, tanta virtud especulativa, tanta vida del alma, se secase de súbito, y hasta se olvidase, áun entre nosotros que la habíamos vivido, viniendo á caer España en un marasmo mental, en una sequedad y esterilidad miserable de pensamiento,

ó en extravíos bajos y ridículos, de todo lo cual no salimos sino para seguir humildemente á los extranjeros, como satélites sin espontaneidad, como admiradores ciegos y como imitadores casi serviles? ¿Qué causa hubo para tal abatimiento del que no hemos salido del todo? La perversion vino primero, y la degradacion despues. Desde las obras de ambos Luises, de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, descendimos á las del Padre Boneta y á las de otros más deplorables, que sirvieron de modelo á Fray Gerundio; de las comedias de Calderon, pasando por Cañizares y Zamora, llegamos á Comella, Luis Moncin y Fermin del Rey, arquetipos de Don Eleuterio; desde Garcilaso, Rioja y los Argensolas, bajamos á Montoro, á Benegasi y al cura de Fruime; y desde el romancero del Cid, que Hegel pone por lo más noble, bello, real é ideal á la vez, que ha inspirado la musa épica despues de los poemas de Homero, fuimos humillándonos hasta no producir sino romances de guapezas y desafueros de bandidos, como el de Francisco Estéban; de chocarrerías y desvergüenzas, como el del *fraile fingido;* de falsos y absurdos milagros; y hasta de fenómenos raros y monstruosos, como el de la mujer que parió trescientos hijos de un parto. Así justificamos toda la burla de los pseudo-clásicos á la francesa.

¿Fué causa de la humillacion el despotismo de los reyes austriacos? No se niega que los reyes austriacos fueron despóticos; pero este mal no fué exclusivo de España. El movimiento general en toda Europa era entónces hácia la concentracion del poder en manos de los

monarcas, y nunca llegó á tanto en España como llegó en Inglaterra bajo los Tudores, y en Francia bajo el que llamaron Luis el Grande y dió nombre á su siglo. Inglaterra y Francia se levantaron con todo bajo aquellos despotismos, mientras que España descendia.

¿Fué la atroz crueldad de la Inquisicion la que atajó el vuelo de nuestro espíritu, ahogando en sangre nuestra cultura? Miradas imparcialmente las cosas, parece que no. Pues qué, ¿en los demás países no se atenaceaba, no se quemaba viva á la gente, no se daban tormentos horribles, no se condenaban á espantosos suplicios á los que pensaban de otro modo que la mayoría? La Inquisicion de España casi era benigna y filantrópica comparada con lo que en aquella edad durísima hacian tribunales y gobiernos y pueblos en otras regiones, donde, léjos de decaer, se han levantado. Todos los moros, judíos y herejes castigados ó quemados en España por la Inquisicion durante trescientos años, no igualan en número, por confesion de Schack, á sólo las infelices brujas quemadas vivas en Alemania nada más que en el siglo XVII. En Francia, sin contar los horrores de las guerras civiles, sólo en la espantosa noche de San Bartolomé hubo más víctimas del fanatismo religioso, que las que hizo el Santo Oficio desde su fundacion hasta su caida. De Inglaterra no hay que hablar; pueblo entónces más bárbaro y feroz que el centro y el mediodía del continente europeo, derramaba la sangre á torrentes.

Nosotros tuvimos cinco años en la cárcel á Fray Luis de Leon, pero no padeció tormento, y al cabo se de-

claró su inocencia. En la cárcel pudo escribir el libro divino de *Los nombres de Cristo* y otras obras inmortales. En otra nacion, y con los mismos émulos que aquí tuvo, quizá no hubiera salido tan bien. No hay que olvidar que á Vanini le arrancaron la lengua con unas tenazas en Francia; que á Bruno le quemaron vivo en Roma; que en Inglaterra ajusticiaron á Tomás Moro, y que á nuestro compatriota Miguel Servet le hizo matar Calvino en Ginebra.

Por más que hayan querido los protestantes engalanarse con el lauro de que la libertad religiosa vino por ellos, la Historia les niega este lauro. Guizot, protestante, tiene la franqueza de confesarlo. Toda secta disidente ha sido tan fanática y tan intolerante ó más que los católicos durante la lucha. Sólo los progresos de la razon, con la imposibilidad de exterminarse unos á otros, trajo la tolerancia, y la libertad en pos de ella, la cual no ha nacido del seno de ninguna Iglesia, sino de la conciencia humana en general, iluminada al cabo por el verdadero espíritu de Cristo y comprendiéndole con rectitud.

¿Se originó quizá la perversion y corrupcion de nuestra ciencia y literatura de la ignorancia de los inquisidores? Nos parece que tampoco. En aquellos siglos el clero español sabía más que los legos, y los inquisidores eran de las personas más ilustradas del clero español.

¿Provino nuestra caida de la alianza entre la teocracia y el poder real para oprimir al pueblo? Pero, ¿dónde ha habido mayor alianza entre ambas potestades que en

Inglaterra, donde el jefe de la Iglesia y el del Estado se confundieron en uno?

¿Atribuiremos, por último, los males que aquí se lamentan á la duracion, regularidad y constante vigilancia de la Inquisicion? La duracion de las persecuciones, ya en un sentido, ya en otro, fué la misma en todas partes. Y en cuanto á la regularidad, no se explica qué ventaja lleve lo desordenado á lo ordenado. Ántes bien, los parciales de la Inquisicion pueden decir, miradas así las cosas, que aquel terrible Tribunal contribuyó á que gozásemos de una paz relativa, mientras otras naciones ardian en guerras espantosas que, como en Alemania, duraban treinta años.

La tiranía, pues, de los reyes de la Casa de Austria, su mal gobierno y las crueldades del Santo Oficio no fueron causa de nuestra decadencia; fueron meros síntomas de una enfermedad espantosa que devoraba el cuerpo social entero. La enfermedad estaba más honda. Fué una epidemia que inficionó á la mayoría de la nacion ó á la parte más briosa y fuerte. Fué una fiebre de orgullo, un delirio de soberbia que la prosperidad hizo brotar en los ánimos al triunfar despues de ocho siglos en la lucha contra los infieles. Nos llenamos de desdén y de fanatismo á la judáica. De aquí nuestro divorcio y aislamiento del resto de Europa. La parte más ilustrada del clero, los mismos inquisidores, los mismos reyes, más bien que impeler, tuvieron que refrenar la corriente de la intolerancia. Felipe II tuvo que luchar contra la opinion pública para no expulsar á los moriscos y dejar esta triste gloria á su hijo. Nos creimos el nuevo pueblo de

Dios ; confundimos la religion con el egoismo patriótico; nos propusimos el dominio universal, sirviéndonos la cruz de enseña ó de lábaro para alcanzar el imperio. El gran movimiento de que ha nacido la ciencia y la civilizacion moderna, y al cual dió España el primer impulso, pasó sin que le notásemos, merced al desdén ignorante y al engreimiento fanático; y cuando en el siglo XVIII despertamos de nuestros ensueños de ambicion, nos encontramos muy atrás de la Europa culta, sin poder alcanzarla, y obligados á seguirla como á remolque.

Pero ¿cómo desconocer nuestros inmensos servicios, nuestra cooperacion poderosa en esa misma cultura, por la que Europa hoy á su vez nos desdeña y se muestra tan ufana?

Antes de que la mente del hombre se volviese con más brio al estudio de sí misma, y por último se elevase á Dios como causa primera y fundamento de todo, importaba conocer el universo.

El primer capítulo, pues, de la historia de la ciencia y de la filosofía modernas le llenan los españoles. Antes de que vinieran Copérnico, Galileo, Kepler y Newton, á magnificar teóricamente el concepto de la creacion, era menester ensanchar y completar la idea del globo que habitamos. Esta mision heróica tocó á los españoles y portugueses. Sin su fé y su energía, Colon no hubiera descubierto la América; Gama no hubiera ido á la India, venciendo á Adamastor; Pizarro no hubiera explorado el Perú; ni Cortés el Anahuac; ni Orellana hubiera bajado por rios desconocidos, con sólo diez

compañeros, desde Quito hasta al Amazonas y por el Amazonas hasta salir al Atlántico; Balboa no hubiera descubierto el Pacífico, salvando las montañas del istmo que le separa del otro Océano; y Magallanes, por último, cruzando el estrecho, que pone en comunicacion ambos mares, casi en el extremo de la América meridional, no hubiera llegado por Occidente á las islas del remoto Oriente. Tres meses y veinte dias, sin ver más que agua y cielo, fué Magallanes, con sus compañeros valerosos, por el vasto y desierto mar que la imaginacion fingia infinito: el agua se corrompió, y hubo que beber agua podrida; faltaron los víveres, y hubo que alimentarse hasta de cueros remojados: los hombres morian diariamente de hambre, de miseria y de escorbuto: muchos dudaban de que aquel mar tuviese término; pero Magallanes no quiso volver atrás, confiado en que la tierra era esférica por la sombra que proyecta en la luna cuando la luna se eclipsa. «Nunca, dice un historiador anglo-americano, denigrador y aborrecedor de los españoles, nunca, en toda la historia de las empresas humanas, hubo nada que excediese á la de Magallanes. Aquel hombre tenia forrado el corazon de triple lámina de bronce. Nunca se ha dado mayor muestra de sobrehumano valor, de perseverancia asombrosa, de resolucion que no ceja ante ningun temor ni ningun padecimiento, y de inflexibilidad que va derecha á su fin rompiendo todos los obstáculos. Magallanes murió cerca de las Molucas; pero su nombre inmortal quedó para siempre grabado en la tierra y en el cielo: en la tierra, en el estrecho que enlaza ambos Océanos: en el cielo,

en la nube de estrellas que vió el audaz marino en la bóveda azul del hemisferio antártico.»

Sebastian Elcano, segundo de Magallanes, volvió á España, y puso en su escudo el globo terráqueo con este lema: *Primus circudedisti me.*

Si la ciencia moderna, si la moderna filosofía, si todo aquello de que se envanece el siglo presente, hubiera de marcar el dia de su orígen, y desde entónces se empezasen á contar los años de la nueva era que llaman los positivistas edad de la razon, contraponiéndola á la edad de la fé, esta nueva era no empezaria el dia en que Bacon publicó su *Novum organum*, ni el dia en que salió á luz el *Método* de Descartes, sino el 7 de Setiembre de 1522, dia en que Sebastian Elcano llegó á San Lúcar de Barrameda, en la nave *Santa Victoria.*

Aunque no hubiéramos, pues, tenido grandes matemáticos, químicos, físicos y filósofos, bastaria para nuestra gloria el haber dado orígen á todo ello; el haber dado impulso al movimiento del espíritu humano que supo crearlo.

Además, en esto de la historia de la filosofía, hay que aplicar con frecuencia la moraleja de la fábula titulada *El leon vencido por el hombre.* En ninguna historia de otro género puede decirse á cada paso con más justicia: *Y no fué leon el pintor.* Cada cual, segun su nacionalidad, escuela ó secta, reparte, como mejor le cuadra, los papeles, la gloria y la importancia de los personajes. Pongamos por caso á Bacon. Unos le dan tanto mérito, ó más aún, que á Descartes, asegurando que de él dimanan todos los progresos de las ciencias expe-

rimentales, y le contraponen á Descartes, fundador de la filosofía espiritualista y psicológica. Entre ambos reparten toda la gloria: éste es padre de la ciencia del *no-yo;* aquél de la del *yo*. Pero novísimamente Bacon cae en descrédito, y, no ya los espiritualistas, sino los mismos positivistas y empíricos, le tratan con la mayor dureza. Le tildan de ignorante, de preocupado y de charlatan presuntuoso. El ídolo de Bacon cae por tierra. En su *Novum organum* ya no hay nada fecundo. Todos los descubrimientos se han hecho á su pesar. Bacon estaba lleno de miras estrechas; no sabía palabra de matemáticas ni de ciencias naturales, y murió sin llegar á convencerse y negando siempre que la tierra se movia. Draper exclama en su furor contra él:— «Tiempo es ya de que el sagrado nombre de filosofía se purifique de su larga conexion con el de ese impostor de ciencia, político acomodaticio, leguleyo insidioso, juez corrompido, amigo traidor y mal hombre.»

A Descartes, á quien ponen unos como padre de la filosofía moderna, le niegan otros tal paternidad y tal gloria. ¿Por qué Spinoza ha de proceder de Descartes y no de sus compatricios, por españoles y por judíos, Ibn Gebirol y Maimónides? ¿Por qué Newton ha de contar como cartesiano? ¿Es sólo vanidad francesa, ó hay razon para afirmarlo así? Leibniz, aunque la filosofía de Descartes sea como antecedente de la suya, ¿no tiene otros elementos extraños que dan más valor á su sistema? Si Descartes tomó no poco de Vives y de Gomez Pereira, ¿parte de su gloria no redunda en pró de aquellos españoles? Pero todo esto está en el aire,

cuando sobra quien niegue á Descartes todo merecimiento. Los neo-tomistas, renovadores de la escolástica, le desdeñan. Gioberti le juzga un mezquino y lastimoso metafísico.

Ha venido despues la gran escuela alemana, con sus cuatro soles y multitud de satélites; y Hegel se ensoberbece y declara que, desde Grecia hasta que filosofaron en Alemania, no ha habido verdadera filosofía. El fuego sagrado de la inspiracion y el aliento fatídico que pronuncia los oráculos de la ciencia una y toda, están custodiados por los alemanes, nuevos Eumolpides que tienen las llaves de este otro santuario de Eléusis y que sólo saben sus misterios.

En virtud de dicha sentencia, todos quedamos iguales, salvo los alemanes y los griegos. Al lado del zapatero Jacobo Boehm, Descartes se convierte en pigmeo.

Vienen, por último, los escépticos de todas clases, los positivistas y materialistas; consideran la filosofía como aspiracion imposible, delirio de la vanidad humana, ó como tentativa pueril de los hombres, cuando carecen aún de ciencia. Los filósofos alemanes y griegos se hunden entónces como los demás mortales, y sólo imperan los matemáticos, los químicos, los médicos y los geólogos.

Decimos todo esto, no para invalidar la filosofía, ni su historia, de lo cual distamos mucho, sino para que se vea cuánto pueden y valen el capricho, la moda, el orgullo nacional y el interés de secta ó partido, en añadir ó quitar gloria, en hacer ó deshacer reputaciones, segun mejor conviene, al formar el cuadro sinóptico

de la historia de la civilizacion en estos últimos siglos.

Para introducir estos cambios y variantes no basta querer: es menester poder. Adquiera España nueva prosperidad; pónganse los treses á 50; brillen entre nosotros la poesía, las artes, el comercio y la industria; figuremos de nuevo en el concierto de las naciones europeas como potencia de primer órden; y entónces, si se nos antoja, tal vez hagamos creer que Vives fué superior á Descartes; que Foxo Morcillo, conciliando á Platon con Aristóteles, fué el precursor del racionalismo armónico; y hasta que el Padre Fuente la Peña, en su *Ente dilucidado*, allanó el camino á Darwin y á Haeckel.

A fin de llegar á tan buen término son indispensables dos condiciones: no divorciarnos de nuestro propio espíritu, no renegar de él como en el siglo XVIII, y no aislarle tampoco como en el siglo XVII, sino ponerle sin temor en medio del raudal de las ideas de nuestro siglo, para que se nutra y robustezca con ellas, sin perder su esencia inmortal y su propio carácter.

Bien podremos entónces estar seguros de que si imitamos á los filósofos modernos alemanes, pondremos al cabo en sus filosofías un sello tan castizo, que las haremos propias, al modo que nuestros grandes místicos, imitando y citando tambien á los místicos alemanes como Suso, Tauler y Ruysbroech, fueron originalísimos (1):

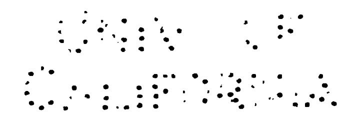
---

(1) Esta imitacion de los místicos alemanes por los místicos españoles, prueba que la grande originalidad no proviene de ais-

y bien podremos estar seguros de que, más hoy que en el siglo XVII, todo español dejado en plena libertad entre Lutero y San Ignacio, preferirá á San Ignacio y dejará á Lutero. Y en efecto, hasta para cualquier español descreido y racionalista vale más que el fraile fanático y medio loco, envidioso de las artes y esplendores de los pueblos neo-latinos, y en pendencias y dimes y diretes groseros con el mismo demonio, aquel hidalgo convertido de repente, herido por Dios como Israel, y susci-

---

larse, sino de conocer lo que los otros dijeron y añadir algo del caudal propio. Rousselot niega que los místicos alemanes hayan ejercido la menor influencia en los españoles, ya porque escribieron en aleman, ya porque sus obras, menos las de Ruysbroeck, fueron condenadas por panteísticas. «No se encuentra, dice Rousselot, vestigio alguno en los escritos de los españoles, por donde se pueda suponer que se han inspirado en los alemanes.» Pero Rousselot, á mi ver, afirmó esto muy de ligera. Yo, á la verdad, no recuerdo haber hallado jamás citado al Maestro Eckart, Hegel y Schelling á la vez de aquella escuela, en ningun místico español: pero las doctrinas de Eckart debieron ser mediatamente conocidas, merced á Dionisio Cartujano, que las reproduce. Y en cuanto á los otros místicos alemanes, que son como discípulos de Eckart, y predecesores de Hegel, no sólo han sido leidos por nuestros místicos, sino citados á cada paso, con extraordinarios elogios. El iluminado y extático Padre Fray Miguel de la Fuente dá testimonio de lo dicho en sus *Tres vidas del hombre.* Suso, Tauler, Ruysbroeck, Harph y otros alemanes, vienen citados por él con frecuencia. Y prueba de que confesaba el influjo de los alemanes, no ya sólo en él, sino en otros místicos españoles de más fama, diremos lo que pone al hablar de la suspension del hombre íntimo: «Todo esto que hemos dicho, lo dijo altísimamente Rusbrochio,



tado por Dios contra el heresiarca, el cual, para combatirle y para cumplir al mismo tiempo la obra de misericordia de *enseñar al que no sabe*, buscó compañeros como el Apóstol de Oriente, y con sólo su palabra, sin ejércitos y sin favor y auxilio de soberanos, fundó el imperio más extraño del mundo, imperio que dura aún, y que á la muerte de su fundador se extendia ya por Alemania, Francia, Italia, España, Portugal, el Brasil

---

varon gravísimo y muy ilustrado de Dios, en un libro que intituló *De los grados del amor*. Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, en su *Vida*, lo comentó divinamente.» El mismo iluminado y extático Fray Miguel describe lo que es el centro del alma, con palabras tomadas de Ruysbroeck y de Suso: «Lo sustancial del alma, dice, es la parte más excelente que hay en ella, la cual pende del mismo Dios; es inmovil; más alta sin comparacion que el cielo más supremo, más profunda que el abismo del mar, más ancha y más extendida que el mundo todo, porque la naturaleza espiritual excede incomparablemente á todo lo corpóreo; y esta esencia ó sustancia del alma es el reino natural de Dios, término y fin de las operaciones del alma, y no hay criatura de las espirituales y celestiales que pueda llenar su capacidad segun es inmensa, sino sólo Dios que es la esencia de su esencia y la vida de su vida.»

Con lo expuesto sobra para probar que se equivoca Rousselot al afirmar que no hay vestigio en nuestros místicos de que imitasen á los alemanes. Y con lo expuesto, y con mil citas más que pudiéramos hacer, se probaria que ni la Inquisicion ni nadie era entónces en España tan asustadizo como ahora de que nos inficionasen los alemanes con su panteismo ó panenteismo.

El Padre Fray Miguel de la Fuente nació en 1573 y murió en 1625. Vivió y escribió, por lo tanto, en el siglo de oro de nuestra literatura.

y la India, contando más de cien casas ó colegios que amenazaban avasallar el resto de la tierra.

Pero así como estas y otras grandezas españolas no se pueden atribuir á los Gobiernos, sino á la espontaneidad y al entusiasmo de toda la nacion, así tampoco debemos, si hemos de ser imparciales, culpar sólo á los inquisidores feroces y á los reyes tiranos de la perversion y miseria en que caimos. ¿Qué tiranía habia de ejercer el imbécil y débil Cárlos II? Además, cuando vemos hoy la animacion, bullicio y alegría de la calle de Alcalá en una tarde de toros, no se nos ocurre pensar que el Gobierno tiraniza al pueblo y le hace ir á los toros por fuerza. Pues con más gusto trabajaron los madrileños en levantar el tablado, animándose con devotas exhortaciones, con mejor voluntad acudieron la corte y ochenta y cinco grandes de España, y con más deleite presenció todo el pueblo el auto de fé de 1680, en que fueron condenadas ciento veinte personas, y de ellas veintiuna quemadas vivas.

